

LLEGUÉ, VÍ Y VENCÍ.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL

DE

D. R. LEOPOLDO PALOMINO DE GUZMAN.

Representada en el teatro Principal de Barcelona en Febrero de 1865.



BARCELONA.

IMPRENTA DE NARCISO RAMIREZ Y RIALP,

Pasaje de Escudillers, número 4.

1865.

CATÁLOGO

DE LA

ADMINISTRACION GENERAL DE OBRAS DRAMATICAS Y LÍRICAS DE D. FRANCISCO RUBIO.

San Pedro Mártir, número 12, segundo.

OBRAS DRAMATICAS

EN UN ACTO.

Al que se hace de miel...
Amor y dinero.
Aventuras de un cesante.
Don Ramon.
El huérfano ó el niño mendigo.
¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!
Este cuarto no se alquila.
Fuego entre ceniza.
Fortunato Azares.
Las pesquisas de mi suegro.
Los dos preceptores.
Los apuros de Gaspar.
Me conviene esta mujer.
Pecador y arrepentido.
¡Presente, mi general!
Por un bofeton un duelo.
Receta contra los locos.
Triana la Macarena.
Una carga de caballería.
Un casamiento original.
Una mamá como hay muchas.
Una obra de caridad.
Vida prosáica.

EN DOS ACTOS.

El caballero pobre.
El pedestal de la estatua.
Los tres talismanes.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Achaques de la vejez.
Al borde del abismo.
Beltran.
Beppo el Aventurero.
Don Tello de Guzman.
El padre de familia.
El honor y el trabajo.
El lago de Glenaston.
El matrimonio de conciencia.
¡Españoles, á Marruecos!
Gabriela de Vergy.
La mejor joya, el honor.
La boda de Enriqueta.
La flor trasplantada,
La historia de una madre.
La piedra de toque.
La primera falta.
La princesita.
La profecía.
La Serrana de las Navas.
La teoría de la voluntad.
Las aves de paso.
Loco de amor.
Los franceses en España.
Los pobres de levita.
Los polacos.
Luisa ó historia de una madre.
Luz en la sombra.
Marco Spada.
Mártir siempre, nunca reo.
Mi suegra y yo.
Pobres y ricos.
Un bandido de levita.
Un dia en el gran mundo.
Ví y vencí.

ZARZUELAS (1).

EN UN ACTO.

Angelita, M.
Atala y Chactas, L. y M.
Batalla de amor, L
Cada loco con su tema, L.-M.
Casado y soltero, L.
De tal palo tal astilla, M.
El amor y el almuerzo, L.
El Grumete, M.
El rapacin de Candas, M.
El hombre feliz (monólogo), M.
El sonámbulo, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, L.
Guerra á muerte, M.
Impresiones de viaje, L.
Julio César (monólogo), L.
La cotorra, L.
La pupila, M.
La cruz de los Humeros, M
La zarzuela (mitad) L.
La dama del Rey, M.
La vuelta del Corsario (2.ª pte. de *El Grumete*), M.
Lo que de Dios está, L. y M.
Las bodas de Juanita, L.
Los dos ciegos, L.
Pablito, L.
Por cana mas ó menos, L. y M.
Por un paraguas, L. y M.
Un ayo para el niño, M.

(1) De la obras que van marcadas con las iniciales L. ó M., pertenecen solo á esta Administracion, la música ó el libreto, y las que llevan L. y M. corresponden á la misma por completo.—Toda partitura que se pida por los representantes de esta Galería, se considera como vendida, y los mismos han de responder de su importe.

LLEGUÉ, VÍ Y VENCÍ.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

D. R. LEOPOLDO PALOMINO DE GUZMAN.

Representada en el teatro Principal de Barcelona en Febrero de 1865.



BARCELONA.

IMPRENTA DE NARCISO RAMIREZ Y RIALP,

Pasaje de Escudillers, número 4.

1865.

A los Sres. D. Andrés de Calmuntía y D. Manuel Hiraldez de Acosta.

Mis queridos amigos: voy á imprimir mi comedia LLEGUÉ, VÍ Y VENCÍ, ahora que va á representarse en el teatro *Principal* de esta ciudad; y pues Vds. me la celebraron antes de verla en escena, yo se la dedico á los dos, en pago de tanta benevolencia.

Soy de Vds. afectísimo amigo que los quiere de veras.

R. Leopoldo Palomino de Guzman.

Barcelona 15 de Febrero de 1865.

A los galantes empresarios del Teatro Princip[al]
Su afectísimo amigo y S.S.
El Autor

REPARTO.

PERSONAGES.	ACTORES.
AURORA DE HERRERA. .	Srta. D.ª Gertrudis Castro.
D.ª ENGRACIA, su tia. . .	Sra. D.ª Vicenta Martin.
JUANA, doncella de Aurora	Srta. D.ª Clotilde Perez.
D. CESAR ILLANA, Oficial de marina	D. Joaquin García Parreño
D. PEDRO, padre de Aurora	D. Julio Parreño.
D. CARLOS, hermano de la misma.	D. José María Olona.
D. DIEGO, notario	D. Juan García La Encina.
JUAN, criado andaluz de la casa.	D. Domingo García.

La escena es en Madrid y la accion contemporánea.

Los versos marcados con comillas al márgen pueden suprimirse en la representacion.

ACTO PRIMERO.

Salon ó gabinete de recibir en una casa de una familia acomodada de Madrid. Puertas en el lateral de la izquierda y al foro, y balcones en la derecha. Entre los muebles una mesita que esté colocada en el centro de la escena, y un sofá á la izquierda. Es por la mañana.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO *entrando y* JUAN *que le toma el sombrero y lo coloca sobre una silla.*

DIEGO. Dime, Juan, ¿y la familia?
JUAN. De salud muy bien, don Diego,
y doña salud, de fijo
vale mas que don dinero.
Hoy lo esperaban la tia
y el señorito y don Pedro:
como que es el cumpleaños
de la señorita.
DIEGO. Cierto,
y el dia en que ha de leerse
de don Blas el testamento.
JUAN. Sea para bien de los vivos
y que en paz descanse el muerto.
La señora doña Engracia
está en su cuarto, vistiendo
un angelito de cera
que con sus manos lo ha hecho
para el altar de una Vírgen
que ella cuida hace ya tiempo:
el que no tiene qué hacer
le cuenta al diablo los pelos.

En el salon de la Torre,
allá junto al firmamento,
se encerró desde la aurora
con sus máquinas don Pedro,
sin mas fin, como me dijo,
que el de mirar los *efeutos*,
segun la *comigrafía*
de las *osonias* del cielo,
que van formando los aires
á la salida *del Febo*.

DIEGO. Jesus! cuánto desatino!

JUAN. Los que él me dice yo cuento.
El señorito don Cárlos
está domando un jamelgo
que le enviaron de Londres,
de los de largo pescuezo
y rabo corto, que afirma
que es de la casta del viento.
Hace cabales dos horas
que se bajó al picadero,
porque hoy á la Castellana
va á sacarlo de paseo;
y la señorita Aurora,
que hoy cumple años, don Diego,
salió á misa con la Juana,
su doncella y mi lucero;
y por mi cuenta, en seguida
la vuelta darán.

DIEGO. Me alegro.

JUAN. Si quiere usted mas noticias
pregunte usted, y al momento
yo le diré cuanto sepa
de la casa y de los dueños,
que yo soy franco, y le llamo,
porque aunque andaluz no miento,
al pan pan, y al vino vino:
no la hago y no la temo.

DIEGO. ¿Cómo se llevan tus amos?
¿hay paz en casa?

JUAN. Lo mesmo
se llevan que se llevaban.

DIEGO. Sí?

JUAN. Como gatos y perros.
Aquí la paz no es posible.
Son tan contrarios los genios,
que si el uno dice blanco,
el otro por fuerza negro.
En la mesa solamente
se juntan, pues ni comiendo

tiene prudencia ninguno;
y bien la Juana y yo vemos
que, mas que con el trinchante
á la perdiz que sirvieron,
con las uñas cada cual
trinchara al otro el pellejo:
que las palabras que cambian
pican mas que los pimientos.
La doña Engracia se empeña,
y jura por Dios del cielo,
en que son todos los sábios
y científicos, ateos.
La alusion recoge al punto
hecho una furia don Diego,
y contra la hipocresía
suelta un discurso estupendo,
y ya están los dos hermanos
pica tú que picar quiero.
El señorito, que siempre
está de broma, es un trueno:
por acabar la disputa,
no por falta de respeto,
le llama á su tia beata
y estantigua, y llama al viejo
de su padre, visionario,
mientras él le llama necio:
y habla en seguida de coches
y de caballos y perros.
—En trenes gastas la renta
que todos gozar debemos,—
esclama furioso el padre...
—Tú la cambias peso á peso
por máquinas é ingredientes,—
grita la señora luego;
—Y usted la convierte, tia,
en cera, estampas é inciensos,—
el señorito le dice,
—y vaya por esto aquello —
Las voces de punto crecen,
se desentonan, y á un tiempo,
como tres furias, botellas,
platos y vasos rompiendo,
el comedor abandonan,
quedando sola en su asiento
nuestra buena señorita,
que es ángel en este infierno.

DIEGO. Y escucha, Juan; hombre, escucha.
(Acercándose á este que se asoma al balcon de la derecha.)

JUAN. Hable usted, señor don Diego,
que no oigo con los ojos,
sino con estos bujeros.
(*Se refiere á los oidos.*)

DIEGO. Mas...

JUAN. Estoy aquí mirando...

DIEGO. Si no atiendes...

JUAN. Si yo atiendo.
Ahi viene ya mi Juanilla.
Vaya un garbo! Juy, salero!
(*Hablando consigo mismo.*)
¿Con que usted me preguntaba...

DIEGO. ¿Hay amante de por medio?

JUAN. Pues no ha de haber! qué pregunta!
Me camela y la camelo,
que yo la coyunda busco,
aunque el buey se lama suelto.

DIEGO. ¿Quién te camela?

JUAN. La Juana,
ya hace dos años lo menos;
mas ella,—Juan mio, me dice,
antes de que nos casemos,
mira despacio lo que haces;
no te arrepientas;—y luego,
no quiere la señorita
que se haga el casamiento
hasta que ella no se case.

DIEGO. Con que hay novio de por medio?

JUAN. Usted me hablaba?...

DIEGO. De Aurora.

JUAN. Ella novio?... ni por pienso.

DIEGO. Estás seguro?

JUAN. Seguro.

DIEGO. Y... ¿qué sabes tú?...

JUAN. Lo cierto,
que es Juana la confidenta
de toditos sus secretos,
y entre Juana y yo..... me esplico?...
nada se oculta.

DIEGO. Te entiendo.

JUAN. Ya sube la señorita
con su doncella. ¡Qué veo!
tras ellas... no, no, con ellas
tambien sube un caballero.

DIEGO. Será el amante?...

JUAN. No, digo:
y en ese salon entremos,
porque de seguro á este otro
han de venir al momento.

DIEGO. Te engañan, Juan.
JUAN. No me engañan.
DIEGO. Anda, que ya lo sabremos. (*Vanse.*)

ESCENA II.

AURORA, CÉSAR *y* JUANA.

Ellas con traje de calle para la Iglesia y César con vestido de viaje.

AURORA. ¿A dónde va usted?
CÉSAR. Señora,
siguiendo de usted la huella,
que me he perdido por ella
en mi rumbo hace una hora.
(Es divina, celestial,
el intento ocultaré
de mi entrada aquí.)
JUANA. (¿Veré
lo que quiere?)
AURORA. (No harás tal.)
¿Y qué busca usted aquí?...
CÉSAR. Busco el anterior camino
que llevaba mi destino
y que por usted perdí.
Soy en Madrid forastero,
que hace una hora he llegado...
JUANA. Ya! ¿y esta casa ha tomado
por posada el caballero?
AURORA. Lleva y guarda esa mantilla,
y da informes al señor
de donde está el parador
mas cómodo de la villa.
(*Toma Juana la mantilla y se retira al foro.*)
CÉSAR. (Tengo disculpa que dar.)
AURORA. (Me agradan su talle y porte.)
CÉSAR. A los usos de la corte
habré podido faltar...
Soy marinero, señora;
y al ver á usted tan galana
al nacer de la mañana,
me pareció usted la aurora,
del navegante consuelo,
y hasta el templo la seguí,
y la he seguido hasta aquí...
y la siguiera hasta el cielo.
(La solté.)

JUANA. (Se esplica.) (*Desde el foro.*)
AURORA. Y bien?
CÉSAR. Que la he estado á usted mirando
mientras estaba rezando;
que yo rezaba tambien;
que llevo dentro del alma
tan bello rostro grabado,
y que usted hoy me ha robado
dentro del templo la calma.
AURORA. (Me ha conmovido su acento.)
CESAR. (Se turba.)
AURORA. (¿Qué le diré?)
Si es verdad que le inspiré
tan honda pasion, lo siento.
CESAR. ¡Sentirlo! ¿por qué, señora?
¿no puede usted, por ventura,
corresponder á la pura
pasion de un alma que adora
ese rostro angelical,
ese talle seductor,
y su mirada de amor
y su acento virginal...?
AURORA. ¡Oh! basta ya.
JUANA. (Ahora estalla.) (*al foro*)
CESAR. Yo no he querido ofender...
AURORA. Le debo á usted responder,
porque otorga aquel que calla.
Pagar con otra, podria
esa pasion que usted pinta
con exagerada tinta,
que soy libre...
CESAR. ¡Qué alegría!
AURORA. Pero fuera en mí imprudencia
dar crédito á una pasion
por una declaracion
que la arranca la violencia
de haber entrado hasta aquí
sin justificada causa....
CESAR. Perdone usted: una pausa
pido á usted. Si la ofendí
siguiéndola en su camino
hasta su casa, imprudente,
y hablándole de repente
de mi amor, pobre marino
estraño de sociedad
al uso, perdon merezco;
pero el amor que la ofrezco
es, señora, la verdad.
La ví á usted y la adoré

en el instante de verla;
ya, no queriendo perderla,
en el Templo y aquí entré,
donde entrar antes debia
y donde no llegué á entrar,
porque al punto de llamar
usted, señora, salia.
Yo vivo sobre los mares:
soy natural de la Habana:
me llamo Cesar de Illana,
Vizconde de los Palmares.

ESCENA III.

LOS MISMOS *y salen* D DIEGO *y* JUAN *que estaban ocultos.* JUAN *y* JUANA *desde el foro.*

DIEGO. (¡De los Palmares! ¡qué escucho!
Es el único acreedor
del difunto!) (*Lo dice bajando.*)
AURORA. Y es su amor
cubano?
CESAR. Español... y mucho.
DIEGO. Señorita... (*Saludando.*)
AURORA. ¡Ah!
DIEGO. Caballero... (*Saludando.*)
(No hay que esperar á mañana.)
JUAN. Vámonos adentro, Juana,
que estoy por tí...
JUANA. Zalamero .. (*Vánse*).

ESCENA IV.

LOS MISMOS *menos* JUAN *y* JUANA.

AURORA. (En lo mejor se ha quedado.)
CESAR. (¿Si este hombre me habrá oido?)
DIEGO. Siento haber interrumpido
un duo tan animado.
Pero al entrar escuché
su clase, título y nombre,
y entiendo que es usté el hombre
á quien en vano busqué.
CESAR. Yo Cesar de Illana soy,
hijo del noble Vizconde
que murió...
DIEGO. Sé cuando y donde,
y á esplicarme al punto voy.
Usted, segun se espresaba

en lenguaje enamorado,
en esta casa se ha entrado
sabiendo ya donde entraba.
(*César va á hablar; D. Diego le interrumpe.*)
Voy á seguir: esta casa
es la de don Blas Herrera.

CESAR. Justamente.

DIEGO. Pues; que era,
por su fortuna no escasa,
del padre de usted banquero.

CESAR. Y á verlo venia: mas...
¿y cómo sigue don Blas? (*Se dirige á Aurora*)

AURORA. Murió ha un año, caballero.

CESAR. Perdone usted, señorita,
yo ignoraba... que al saber
su muerte, debiera hacer
de otro modo la visita,
que es causa de mi viaje.

AURORA. Está usted ya dispensado.

CESAR. Gracias: ni habia reparado
en el color de su traje,
ciego ante la peregrina
belleza de su semblante.

AURORA. Lisonja... (*Con coquetería.*)

CESAR. Verdad de amante.

DIEGO. Es del difunto sobrina.

CESAR. ¿Y bien?

DIEGO. Quizás la heredera,
segun lo que se testó,
de los bienes que dejó
al morir don Blas Herrera.

CESAR. Y bien... ¿qué?

DIEGO. La cosa es llana:
que de su herencia es posible
que sea un acreedor terrible
el hijo del noble Illana.

CESAR. Pues no es un mal lo que pasa:
de Dios un bendito arcano;
usted acepta mi mano (*A Aurora.*)
y todo se queda en casa.

AURORA. Advierta usted, caballero,
que tengo familia y padre.

DIEGO. Y como á ellos no le cuadre
el pretendiente primero,
no hay boda ó no hay herencia.

CESAR. ¿Qué dice usted?

AURORA ¿Cómo asi?

DIEGO. Por cláusula que ante mi
y testigos de conciencia,

en su juicio cabal
dictó testando el difunto,
y la cual punto por punto
cumpliré, porque es legal.

CESAR. Y ¿quién es usted?

DIEGO. Yo soy
en esta villa notario,
y albacea testamentario
del difunto.

CESAR. Entiendo.

DIEGO. Voy,
haciendo á usted un favor,
y por mi cariño á Aurora,
á informarlos bien ahora
en el plan del testador.
Quiso don Blas al morir,
con su fortuna no escasa,
asegurar de esta casa
para siempre el porvenir.
Cuatro parientes dejaba
que á todos cuatro queria;
pero ninguno, decia,
confianza le inspiraba
suficiente, para hacerlo
su heredero universal,
con la obligacion moral
de en su gusto obedecerlo.
Entonces determinó
que yo la hacienda cuidara,
que todo lo administrara
para los cuatro; y testó
por último, que si un dia
su sobrina se casaba
con persona que agradaba
á su padre, hermano y tia,
fuese la heredera al punto
su sobrina; porque el hombre,
y esto, Illana, no le asombre
que así lo dijo el difunto,
que conquistar consiguiera
á génios tan diferentes
como los de sus parientes,
un ángel seria; y era
con toda seguridad
la persona que podria
cumplir, en cuanto él queria,
su postrera voluntad.
Ya conoce usted, Vizconde,
de don Blas el testamento;

por lo demás, al momento,
cuando usted quiera y á donde
usted me indique yo iré,
que está usted autorizado
para cobrar, y al contado
la deuda le abonaré.

CESAR. Para cobrarla he venido
á Madrid; pero la suerte,
dándole á don Blas la muerte,
á mí me ha favorecido
en mucho mas que creia.
¿No es así? (*A Aurora.*)

AURORA. No sé... no acierto...

CESAR. Que conquistaré de cierto
á su padre, hermano y tia;
que se cumplirá en verdad,
para dar fin á esta historia,
de don Blas, que esté en la gloria,
la postrera voluntad.

AURORA. Advierto á usted, caballero,
que no ha escuchado usted bien
al albacea; tambien
se ha de contar, lo primero,
con mi voluntad, y yo....

CESAR. No se fia usted de mí?...

AURORA. Fiarme?...

CESAR. Creo que sí.

AURORA. Pues pudiera ser, que no.

CESAR. Aurora... quien inspirarme
tan puro amor ha podido
seguramente ha sentido
el fuego para abrasarme.
Que amor es luz refulgente
producida en los reflejos
que se cambian dos espejos
colocados frente á frente.

AURORA. ¿Es el marino poeta?

CESAR. Poeta es siempre el amante.

AURORA. El poeta es inconstante.

CESAR. Con una mujer veleta;
pero no con la que aspira,
casta, fiel y enamorada,
á ser siempre idolatrada
del hombre por quien delira.

AURORA. ¿Tiene usted fé en el amor?

CESAR. Nunca he amado, señora.

AURORA. Nunca? (*Con intencion.*)

CESAR. Nunca.

AURORA. Nunca? (*Con mas intencion.*)

CESAR. Hasta ahora
que idolatro.
DIEGO. El testador
dijo, por fin, que queria
que su sobrina casase....
CESAR. Con un hombre que agradase
á su padre, hermano y tia:
corriente, y yo me preparo,
porque cobre usted la herencia, (*A Aurora.*)
á luchar, pues en conciencia
declarar debo, y declaro
que de mi padre tan solo
el crédito contra Herrera
heredé, y una carrera,
que aunque va de polo á polo,
es agua toda, y á fé
no es propia para un casado
de su esposa enamorado,
como de usted lo estaré.
AURORA. Luego dá usted mi conquista
por supuesta?
CESAR. Por supuesta:
y le apuesto á usted....
AURORA. Qué apuesta?
CESAR. Mano de esposo á la vista.
AURORA. Ni Cesar como usté hablara
á pesar de sus legiones,
si á conquistar corazones
naciera y se dedicara.
CESAR. Cesar es mi nombre, y yo
de Cesar tengo la fé:
Llegué, la ví.... ¿Venceré?...
AURORA. Es pregunta?
CESAR. Si.
AURORA. Pues no.
CESAR. Sin embargo, amor me guia
y lucharé enamorado.
AURORA. Orgulloso...
DIEGO. Usté ha olvidado (*á Cesar.*)
á su padre, hermano y tia.
CESAR. No por Dios, notario amigo,
y con licencia de Aurora
á pensar me marcho ahora
el plan contra el enemigo.
AURORA. (Con su fé me va ganando
el marino el corazon.)
Decia usted?
CESAR. Que es razon
morir, señora, luchando.

De mi llegada á la Córte (*á D. Diego.*)
prevenga usted á los tres,
indicándoles despues
lo que guste de mi porte.
De lo demas, señorita,
se encargará mi destino.
Me voy al Hotel vecino; (*á D. Diego.*)
espero allí su visita.
La conquista emprenderé
de sus parientes, y luego
si vencedor á usted llego...

AURORA. Veremos.

CESAR. (La venceré.) (*Se va.*)

ESCENA V.

DICHOS *menos* CESAR. AURORA *y* D. DIEGO *asomándose al balcon.*

DIEGO. Allá vá como una flecha:
el genio mismo del padre.

AURORA. Cierre usted esas persianas,
no observa usted que entra un aire.

DIEGO. Las cerraré, señorita. (*Va á hacerlo.*)

AURORA. Espere usted un instante,
está Illana saludando. (*Saluda*).

DIEGO. Yo por mi...

AURORA. (Yá esta en la calle.)
Gracias á Dios que se ha ido. (*Bajando*).

DIEGO. ¿La cierro ya?

AURORA. Por mi parte...
haga usted lo que le plazca.

DIEGO. Me es igual.

AURORA. Pues que entre el aire,
está tan templado el dia...

DIEGO. (Pretestos para asomarse.)

AURORA. ¿Y usted conocia á Illana? (*Sentándose*)

DIEGO. Al hijo no, pero al padre.....
figúrese usted que he sido
el notario de su enlace
con la hermosa vizcondesa
ilustre de los Palmares.
Es de mi amigo el difunto,
en lo cortés y galante,
exacta copia, don Cesar,
y en lo guapo, de su madre
es un retrato el vizconde
y en lo franco y en lo amable.

AURORA. Presuntuoso parece.

DIEGO. Eso, Aurora, es de carácter
en la familia de Illana:
conciencia de lo que valen.
El difunto me decia,
un mes antes de casarse:
—Voy á tomar nuevo estado,
D. Diego, para librarme
del asedio impertinente
de enamoradas deidades.—

AURORA. Pues no son en este caso
el hijo y el padre iguales,
que don Cesar me juraba
poco menos, há un instante,
que jamás amado habia.

DIEGO. Mejor para cuando ame.

AURORA. Ya me ha dicho que me adora.

DIEGO. Pues usted debe pagarle,
que son nobles los Illanas
y muy fieles las Palmares.

AURORA. No negaré que el vizconde
sea un marido aceptable
por su distinguido nombre
y otras muchas cualidades;
pero ha estado vanidoso
al proponerme su enlace...
y además, ¿cómo conquista
los genios, casi indomables
y conveniencias tan raras
de mi tia, hermano y padre?

DIEGO. Difícil juzgo la empresa,
si no imposible.

AURORA. ¡Quién sabe!

DIEGO. Por lo mismo, señorita,
debiéramos ayudarle;
y si á usted le gusta Illana
probaremos el ataque.

AURORA. ¿Pero qué hacemos nosotros,
querido notario? (*Con interés.*)

DIEGO. Es fácil
la conducta que nos toca
observar en este lance.

AURORA. Hable usted, que ya le escucho.

DIEGO. Voy, señorita, á esplicarme.
Cada cual de sus parientes
pretende, como usted sabe,
que usted, con un candidato
de su devocion se case,
para intervenir, se entiende,
en los cuantiosos caudales

que el que haya de ser su esposo
administrara.

AURORA. Adelante.

DIEGO. Don Pedro sé que anda en tratos
con un químico notable
que tiene un sistema en ciernes
para volar por los mares.
Es un loco, un majadero,
como don Pedro, incurable.
Doña Engracia ha echado el ojo
en favor de un estudiante
de teología, sobrino
del cardenal, que ayudarle
á la pobre tia promete
cuando con usted se case,
en la creacion de un asilo
de arrepentidas beldades.
Y por fin, don Cárlos piensa
que forme usted maridage
con un baron muy su amigo
retrato de Lovelace...
jugador y calavera
pendenciero... y...

AURORA. ¡Miserable...!

DIEGO. No diré yo tanto, pero
puedo afirmar que fué grande
la fortuna que ese noble
heredara de sus padres,
de la cual le quedan solo
recuerdos y vanidades.
Ahora bien; ninguno de ellos
es, señorita, aceptable,
y con ninguno usted debe,
por mi opinion, de casarse.
Mas como cada cual sea
candidato de una parte,
y por serlo, de las otras
será contrario al instante,
usted ante mí declara
hoy dia de sus natales
que en la mayor edad entra,
«Segun las leyes reales,
«autorizada quedando
«por ellas y semejantes
«para contratar, que acepta
«las condiciones que atañen
«á usted en el testamento
«de don Blas, que en paz descanse,
«ofreciendo á sus parientes

que aceptará y hará enlace
con quien dentificadas
les propongan las tres partes.

AURORA. Pero don Diego, ¿y si alguno
la voluntad conquistase
de los tres?...

DIEGO. Usted protesta,
y se queda como antes.
Mas descuide usted, Aurora,
que los tres no es cosa fácil
que por esposo le ofrezcan
candidatos tan parciales
de cada cual, como el *químico,*
el baron y el estudiante.

AURORA. En manos de usted me entrego;
cuidado, pues, con burlarme.

DIEGO. ¿Qué piensa usted de don Cesar?

AURORA. Usted lo pinta notable...

DIEGO. Pues irá usted de mis manos
á los brazos de Palmares.

AURORA. Yo no he dicho... (*Se levanta.*)

DIEGO. Por supuesto
Si fuí yo... (Todas iguales...
niegan y quieren negando
que triunfen de sus afanes:
luchan y luchando quieren
no vencer en el combate.)

AURORA. ¿Decia usted...?

DIEGO. Que conviene
dar empiezo á nuestros planes:
es preciso que al momento,
pues dinero el tiempo vale,
hable yo con sus parientes.
Tengo además que entregarles
las rentas del mes que corre,
y á eso vine há un instante,
por que en cuanto á la lectura
del testamento es en valde
verificarla, supuesto
que de memoria lo saben.
Aquí vienen Juan y Juana,
ellos podrán avisarles.

AURORA. No, don Diego; si usted quiere
yo iré en busca de mi padre;
que Juan le avise á mi hermano
y Juana á mi tia.

DIEGO. Me place,
por que así los tres á un tiempo
se me presentan delante.

ESCENA VI.

Los mismos, y JUAN *y* JUANA.

AURORA. ¡Juana! (*Llamando.*)
DIEGO. Juan. (*Id.*)
JUANA. Voy, señorita. (*Bajando.*)
JUAN. ¿Qué tiene usted que mandarme?
AURORA. A mi tia que don Diego
la está esperando.
JUANA. Ya sale;
precisamente lo espera
para tomar unos reales. (*Vase.*)
DIEGO. Dile á don Cárlos que estoy
en casa.
JUAN. Corro á buscarle:
ya estaba desesperado
de tanto esperar. (*Vase.*)
DIEGO. Mas vale.
AURORA. Yo voy de mi padre en busca.
DIEGO. Pues vaya usted, no se tarde.
AURORA. La fé de nuestro vizconde
es contagiosa. (*Vase.*)
DIEGO. ¿Quién sabe...?

ESCENA VII.

DON DIEGO *solo.*

DIEGO. Si él partió como una flecha,
ella parte como un rayo...
Se aman los dos á la fecha,
hoy siete del mes de mayo.
Casualidad oportuna
que entre Aurora en su mayor
edad hoy mismo: Fortuna,
siempre vás con el amor.
Mas preparemos el juego,
que van á llegar los tres:
terrible ha de ser el fuego...
ya lo veremos despues.
Aquí traigo la cartera. (*Sacándola.*)
Dos mil duros justamente
que es la renta verdadera,
líquida del mes corriente.
Verémos á quien le toca
este mes administrar
los fondos... gente mas loca...

tienen su gusto en gastar
el dinero en tonterías
En máquinas de bazares,
en caballos y en jaurías
y en adornos para altares.
Pero chiton, siento ruido.
Uno, dos... vienen los tres. (*Asomándose á cada una de las puertas de la izquierda.*)
El dinero: han acudido
volando... es siete del mes.

ESCENA VIII.

DON DIEGO, *y salen* DOÑA ENGRACIA *por la primera puerta de la izquierda, por la segunda* D. PEDRO *y por el foro,* D. CARLOS, *bajando cada uno cuando lo marque el diálogo.*

ENGRACIA. Señor notario!... (*Saludando.*)
DIEGO. Señora!.... (*id.*)
PEDRO. Hola, don Diego! (*id.*)
DIEGO. Hola amigo! (*id.*)
CARLOS. Con que era usted!... ¡Oh mio caro!....
DIEGO. Era yo mismo, carísimo.
Yo propio, que de encontrarlos.
tan buenos me felicito...
¿porque de salud supongo...?
ENGRACIA. ¡Bien!
PEDRO. Escelente!
CARLOS. Magnífico!
PEDRO. ¿Trae ustéd plata, don Diego? (*En secreto.*)
DIEGO. ¡Eh! (*Con admiracion.*)
ENGRACIA. ¿La mesada vino? (*En secreto.*)
DIEGO. ¡Cómo! (*Admirado.*)
CARLOS. La renta, supongo (*Secreto.*)
que hoy nos la habrá usted traido.
DIEGO. ¿Con que ya se me esperaba? (*Riendo.*)
Me alegro de haber venido.
Traigo en efecto, señores,
dos mil duros cabalitos
por rentas del mes corriente
que reunir he podido.
Aquí los tengo. (*Señalando á la cartera.*)
CARLOS. Pues vengan (*Alargando la mano.*)
los guardaré.
ENGRACIA. No, sobrino. (*Metiéndose entre*
Soy yo quien debe tomarlos. *Cárlos y don Diego.*)
PEDRO. No, que soy yo. (*Interviniendo en la accion.*)

ENGRACIA. Si es lo mismo. (*Transigiendo.*)
PEDRO. El mes anterior, hermana,
tú llevastes el bolsillo:
me toca este mes llevarlo.
ENGRACIA. No, que le toca á tu hijo,
mas su derecho me cede.
¿no es esto verdad, Carlitos? (*Con mimo.*)
DIEGO. (Ya se carga el horizonte.)
CARLOS. No lo cedo.
ENGRACIA. ¿Qué? (*Muy admirada.*)
CARLOS. No, digo; (*Resuelto.*)
equidad, querida tia.
Justicia, padre querido.
PEDRO. Pues yo consentir no puedo
que un muchacho sin juicio
administre nuestros fondos
CARLOS. Pero, padre...!
PEDRO. Así, clarito.
DIEGO. (La cosa se vá enredando.)
CARLOS. Pero tia!...
ENGRACIA. Hijo, yo opino
como tu padre.
CARLOS. Comprendo:
y yo me atengo a lo dicho.
PEDRO. Cierto estoy de que empleabas
los dos mil duros, de fijo,
en una victoria nueva
con un escelente tiro.
CARLOS. ¡Padre!
ENGRACIA. Si no los perdia
jugando allá en el Casino.
CARLOS. Tia, tia!
DIEGO. (La tormenta
vá á estallar.)
PEDRO. Si.
ENGRACIA. Cabalito.
CARLOS. Esta muy bien; adelante,
no me doy por ofendido.
Pero yo, que por fortuna
paso de los veinte y cinco,
desde hoy mi renta pretendo
administrarla yo mismo.
No quiero que me la gasten
en adornar altaritos, (*Mirando á su tia.*)
ni en llenar los miradores
de máquinas y botijos. (*Mirando á su padre.*)
ENGRACIA. ¡Cárlos!
PEDRO. ¡Cárlos!
CARLOS. Como ustedes,

yo tambien claro me esplico;
que se divida la renta
de cada mes.

DIEGO. Adivino:
y á cada cuál se le entregue
su parte.

PEDRO. ¡Bravo!

ENGRACIA. Suscribo.

DIEGO. ¿Con qué hacemos cuatro partes
de los dos mil?...

CARLOS. Justo, amigos.
Tres, para los tres, y una
para los gastos precisos
de...

PEDRO. Mesa...

CARLOS. Casa...

DIEGO. Oh! entonces
no son cuatro, que son cinco.

CÁRLOS. Como?

ENGRACIA. No entiendo.

PEDRO. Ya caigo... (*Con alegría.*)
la de mi hija.

DIEGO. Justito.
La de Aurora es una parte
muy legal.

PEDRO. Yo la administro.

DIEGO. Si ella es gustosa, don Pedro;
que hoy por mi cuenta ha cumplido
la edad para emanciparse,
y hoy, *ante mí* la emancipo.
Soy su tutor y yo debo
evitarle perjuicios.
Y á propósito de Aurora,
con quien he hablado ahora mismo,
ustedes seguramente
que no habrán dado al olvido
las bases del testamento
de don Blas? Pues es preciso
que vayan pensando luego
en darle á Aurora marido,
por que mis ocupaciones
y mis años... ya no sirvo
para administrar caudales
agenos, tengo los mios.
Con que diga usted don Pedro?...

PEDRO. Yo sé de uno...

CÁRLOS. Si, un químico:
lo rechazo.

DIEGO. Y doña Engracia?

ENGRACIA. Yo? que tampoco lo admito.
DIEGO. ¿Pero sabe usted de alguno?
ENGRACIA. Yo sé de un jóven...
CARLOS. Sobrino
del Cardenal: no lo quiero.
PEDRO. Yo tampoco de él me fio.
DIEGO Veamos y ¿usted, don Cárlos?
CARLOS. Yo sé de un baron muy fino,
guapo, elegante y que adora
á mi hermana.
PEDRO. Pues, un pillo
que quiere coger la herencia
y dividiria contigo:
de ningun modo.
ENGRACIA. Negado.
DIEGO. (Negarán los tres á Cristo.)
¿Con que es decir que no hay novio?
Mas claro...que no hay marido.
Pues, señores, en tal caso,
¡como ha de ser! me retiro
y yo buscaré un sugeto
decente, juicioso y digno,
que de mi cargo se entregue
para dirigirlo activo.
Hé pensado en un vizconde (*Mir. á Carlos*).
PEDRO. ¡Un aristócrata! (*Hace un gesto*).
ENGRACIA. ¡Un título! (*Id*).
DIEGO. Escelente marinero. (*Mir. á don Pedro*).
CARLOS. ¡Un grosero! (*Hace un gesto.*)
ENGRACIA. Un libertino. (*Id*).
DIEGO. Hoy lo ví despues de misa. (*Mir. á doña Engracia.*)
PEDRO. Un hipócrita. (*Hace un gesto.*)
CARLOS. Un borrico.
DIEGO. Hablen ustedes, señores,
del vizconde con mas tino.
Es hijo del noble Illana,
que del difunto fué amigo
tan intimo, que sus fondos
sin interés ni recibo,
los tuvo siempre en las cajas
de don Blas. *Yo testifico.*
PEDRO. ¿Y porque el padre dejase
los fondos con tal descuido
nosotros fiar debemos
nuestro caudal á su hijo?
Tal confianza rechazo.
CARLOS. Y yo tambien.
ENGRACIA. Yo lo mismo.

PEDRO. Si Aurora no encuentra esposo
á nuestro gusto, cual quiso
Blas que fuese y usted hoy
no se siente ya muv listo
para cuidar nuestra herencia,
en este caso...

DIEGO. ¿Qué?

PEDRO. Digo
que como nuestra, nosotros
la cuidarémos.

DIEGO. Resisto
proposicion semejante.
En toda ley yo administro
los bienes hoy del difunto;
y si ustedes, por motivos
que fácilmente se esplican,
no dan á Aurora marido...

PEDRO. ¡Don Diego! (*Escandalizado*).

CARLOS. Señor notario...! (*Id*).

ENGRACIA. ¿Qué dice? (*Id.*)

DIEGO. Hablo yo tambien clarito.
En tal caso, por escusas
de mi salud, ratifico
que delegaré mi encargo,
quedando comprometido
y responsable, en un hombre
de quien mas que en otro fio
para el mejor cumplimiento
de mi propio cometido.

PEDRO. Tendremos pleito. (*Con ira*)

CARLOS.. Los sordos,
señor notario, han de oirnos. (*Id*).

ENGRACIA. Confie usted en estraños. (*Con ironia*).

DIEGO. Señores, basta de gritos.

ESCENA IX.

Los mismos en la mayor descompostura y entra AURORA.

AURORA. ¿Qué es ello, padre? ¿qué pasa
don Diego?... ¿qué ha sucedido?

PEDRO. Suelta, Aurora. (*Se desprende de ella.*)

CARLOS. Deja, hermana. (*Id*).

ENGRACIA. Retírate (*Id*).

DIEGO. ¡Maldecidos!

Aurora corre del uno hácia el otro en la mayor afliccion.

AURORA. Usted? usted? tú? don Diego?
sepa yo lo que há ocurrido.

PEDRO. ¡Oh!
ENGRACIA. ¡Jesus!
CARLOS. ¡Ah!
DIEGO. Señorita,
de esta casa me retiro:
es un infierno, debiendo
ser por usted paraiso.
A usted le entrego la renta
que para el mes he traido.
Entiéndase usted con ellos,
yo no vuelvo acá en un siglo:
no vengo mas á esta casa
si no *de oficio, de oficio.* (*Busca su sombrero y se vá cuando todos.*)
CARLOS. ¡Hermana!
PEDRO. ¡Hija mia!
ENGRACIA. ¡Sobrina!
PEDRO. ¡Qué hombre! (*Vase por la 2.ª pta izquierda*).
ENGRACIA. ¡Es un basilisco! (*Vase pta 1.ª izquierda*).
CARLOS. ¡Un mónstruo! (*Vase foro.*)
PEDRO. ¡Jesus!
AURORA. ¡Qué genios!
Quien los doma tan distintos!
En este escollo terrible
vendrá á estrellarse el marino:
cambia don Cesar de rumbo.
Damo paciencia, ¡Dios mio!
(*Estos versos los dice bajando al proscenio.*)

CAE EL TELON.

ACTO SEGUNDO.

La escena la misma que la del primer acto.—Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA.

JUANA Y JUAN *de arreglo y limpieza.*

JUAN. Suelta el plumero, Juanilla,
y cuéntame lo que pasa,
que por mi salud te juro
que pienso que tú me engañas.
JUANA. Ya te he dicho y te repito
que yo, mi Juan, no sé nada.
JUAN. Algo sabes.
JUANA. ¡Qué porfía!
JUAN. Vamos, cuéntame.
JUANA. ¡Machaca!
JUAN. Si das en cerrar, paloma,
tu piquito, abro las alas
y sin palomo te quedas
de la noche á la mañana.
JUANA. Está bien: porque te quiero
ya vienes con amenazas.
JUAN. Las obras son los amores,
Juanilla, no las palabras.
JUANA. ¿Qué quieres que yo te diga?
JUAN. ¿Pues no lo he dicho, mi alma?
Quiero saber por tu boca
lo que está pasando en casa.
JUANA. Si yo no sé...
JUAN. Sí que sabes.
JUANA. Pues escucha en confianza.

JUAN. ¡Ah, ja, ja, ja! pobre porfiado
al cabo mendrugo saca.

JUANA. Despues de la pelotera
que aquí se armó esta mañana,
me llamó la señorita
llorando, porque lloraba,
aunque sus ojos, Juan mio,
enjutos no dieran lágrimas.
—Lleva á padre y á mi hermano
y á mi tia doña Engracia,
á cada cual esta suma,
me dijo: y guárdate, Juana,
para los gastos de mesa
esta otra suma:—montaba
cada parte de las cuatro
á diez mil reales.—Mi mala
estrella... me dijo luego,
con mi familia me enlaza
de manera, que imposible
es para mí abandonarla.
Tú puedes con Juan casarte
si es tu gusto estar casada,
y cuenten ustedes siempre
con el pan en esta casa.—

JUAN. ¡Pobre señorita!

JUANA. Entonces
rompió á llorar, yo lloraba
tambien con ella, y llorando
dije, Juan, estas palabras:
—Mientras que usted no se case,
soltera estará la Juana
para servirla á su gusto,
señorita; el que me ama
tendrá como yo paciencia,
viviendo con la esperanza.—

JUAN. Dicen que mantiene al hombre
y yo siento que me falta;
pero en fin, la señorita
lo quiere...

JUANA. Y me dió las gracias
por ese gran sacrificio
que la haciamos.

JUAN. Caramba!
Como que solo por ella
sufriera yo penas tantas;
que el estar así viviendo
tan cerca de la muchacha
que uno camela, Juanilla,
sin poder calmar sus ánsias,

es como morir sediento
mirando correr el agua.
Mas dime, ¿tú estás segura
de que no hay novio en campaña?

JUANA. Pretendientes de su mano
no te diré yo que faltan,
pero ninguno hasta ahora
á la señorita agrada.

JUAN. Pues yo, que no fué, diria
para ella, costal de paja
aquel jóven forastero
que la siguió esta mañana.

JUANA. ¿Piensas tú...?

JUAN. Lo que yo pienso
aunque grano, no es cebada;
que amores y cascabeles
por el sonido se sacan.

JUANA. ¿Pues qué sabes tú...?

JUAN. Que el hombre
vive á la puerta inmediata;
que con él está don Diego;
que de casamiento tratan,
porque yo al vuelo he cogido
algunas de sus palabras;
y en fin, que la señorita
á este asunto no es estraña,
supuesto que fué ella propia
quien me mandó que avisara
á don Diego, que estaria
en esa fonda, y estaba,
y en el momento me ha dicho
que vá á venir.

JUANA. Calla! calla!
Se han visto por vez primera
hoy los dos y ya... ¡quiá!

JUAN. Ingrata!
¿Desde que yo te conozco
no te camela mi alma...?

JUANA. Nosotros no calculamos
al querer mas circunstancias
sino que el novio nos guste
y en gustando... santas pascuas!

ESCENA II.

Los mismos y D. Diego *entrando por el foro y colocándose entre los dos. Juana se vá cuando lo marca el diálogo por la izquierda.*

Diego. Como ustedes...
Juana ¡Ah!
Diego. Calculan...
Juan. ¡Yo!
Diego. Las personas honradas.
Juana. Yo, don Diego, no he querido
ofender...
Diego. Díle á tu ama
que aquí la estoy esperando,
y no te disculpes, Juana,
que yo bien sé que eres buena
y que en Aurora idolatras. (*Váse Juana*).
Juan. Y yo, don Diego, ¿me voy?
Diego. Vuelve á la fonda inmediata,
que hablarte quiere el Vizconde
de un asunto de importancia.
Juan. Voy al instante. (Lo dicho:
aquí de boda se trata). (*Vase por el foro.*)

ESCENA III.

D. Diego *solo.*

Diego. El marino es tan honrado
como era el señor de Illana:
esposo será de Aurora,
mal que pese á doña Engracia
y á don Pedro y á don Cárlos
y á todos los de la casa.
Pero ¿ella amará al Vizconde?
Esta duda... Diego... calma!
Vamos despacio: el asunto
toda prudencia reclama.
Que tiene Aurora muy nobles
sentimientos en su alma,
eso es verdad; pero sabe
que heredará si se casa,
y bien la herencia pudiera
al casamiento obligarla.
Ella se acerca... sondemos
antes su pecho con maña.

ESCENA IV.

El mismo y AURORA *por la izquierda.*

AURORA. Mil gracias, don Diego.
DIEGO. Aurora!
Por usted vuelvo á esta casa.
AURORA. Repito...
DIEGO. Bien, bien, ¿qué pasa
que me llama usted, señora?
AURORA. Habló usted con el marino?
DIEGO. Hablé. (Lo tiene presente.)
AURORA. Le dijo á usted...
DIEGO. Que se siente
muy cansado del camino.
AURORA. ¿Y nada mas?
DIEGO. Sí, hija mia;
que quiere cobrar al punto
el dinero que el difunto
confesó que le debia.
AURORA. Pues páguelo, usted, don Diego,
y con él en paz quedamos. (*Con despecho: se sienta.*)
DIEGO. (Se disgusta... bien.) Hablamos
de un proyecto suyo luego.
AURORA. ¿De un proyecto? (*Con interés.*)
DIEGO. O de un capricho.
A un millon la suma asciende
que se le adeuda, y pretende
con ella, segun me ha dicho,
por su cuenta y direccion
un barco de guerra hacer
con el que pueda ofrecer
un regalo á la nacion.
AURORA. Es un noble pensamiento
que aplaudo, señor notario,
y opino que es necesario
le entregue usted al momento
el millon que se le debe.
DIEGO. Dárselo es justo.
AURORA. Y ahora,
á fin de que sin demora
su plan adelante lleve.
DIEGO. (No es interesada... bravo!
Su franca fisonomía
no me engañó.) Yo, hija mia,
tambien como usted, alabo
su patriótico ardor;
mas le debo á usté advertir

que de Illana el porvenir
me importa: soy su tutor
y me consta que el marino
solo tiene, que sepamos,
el millon que le adeudamos
y el sueldo de su destino.

AURORA. Y de qué mas necesita?...
Aunque así gaste su herencia...
¿no asegura la existencia
con su sueldo?...

DIEGO. Señorita,
¿y si se casa mañana
con una doncella pobre?
Y cuando en puerto no cobre
su sueldo... ¿qué se hace Illana?

AURORA. Que case con una rica.

DIEGO. No es mala la solucion:
cuando falta corazon
bien la cabeza se esplica.

AURORA. La indirecta no me ofende,
don Diego, mas sí el saber,
que me juzgue usted mujer
sin corazon: ¿me comprende
usted?

DIEGO. Aurora...

AURORA. Y al cabo
me alegro de este incidente,
pues verá usted claramente
mi corazon.

DIEGO. Hola! Bravo!

AURORA. Si un hombre honrado me amase
con todo su corazon,
y el fuego de su pasion
mi alma entera inflamase,
esposa suya seria
en el acto que quisiera,
sin averiguar siquiera
la posicion que tenia.
Que enamorada y amante
de un amante enamorado,
dejaba ya bien dotado
con su amor mi amor constante.

DIEGO. Bien, Aurora, bien, muy bien:
no habló el marino mejor.

AURORA. ¿El ha hablado? (*Con interés, levantándose.*)

DIEGO. Del amor,
como usted piensa tambien.

AURORA. ¿Y qué pretende?

DIEGO. Pretende

esposo llegar á ser,
sin comprar una mujer
ni demostrar que se vende.
Con su sueldo solamente
á usted la mano le pide,
y á casarse se decide
si usted en ello consiente,
mal que á sus parientes cuadre
el que entregue usted su mano:
aunque no agrade á su hermano,
ni á su tia, ni á su padre.

AURORA. ¿De modo que ya no intenta,
porque la herencia se cobre
que me sacara de pobre,
el pelear por mi cuenta?

DIEGO. Sí, Aurora, sí; luchará
y su fé en el triunfo es mucha;
pero aunque pierda en la lucha
con usted se casará.

AURORA. Si yo consiento...

DIEGO. Se entiende;
pero usted consiente, Aurora.

AURORA. Puede que mañana... (*Con alegría.*)

DIEGO. Ahora;
su satisfaccion la vende.

AURORA. ¿Y cuándo empieza el marino,
el nuevo César, su plan
de ataque?

DIEGO. Traza con Juan
en este instante, el camino
que en la lid ha de emprender
ayudado por la suerte,
contra enemigo tan fuerte,
para...

AURORA. Qué?

DIEGO. Para vencer.
Pero aquí se acerca. (*Mirando hácia el foro.*)

AURORA. Illana?

DIEGO. No señora; su ayudante:
vapor que viene delante
guiando á la capitana.

ESCENA V.

Los mismos y JUAN *por el foro.*

JUAN. Don Diego! (*Con alegría.*)

DIEGO. Qué hay? (*Con curiosidad.*)

JUAN. Señorita! (*Con mas alegría.*)

AURORA. Qué pasa? (*Con mas curiosidad.*)

JUAN. Que lo sé todo,
y como usted lo permita
á servirle me acomodo.
AURORA. Esplícate.
JUAN. El caballero
que estuvo aquí esta mañana;
ya sabe usté, el forastero
que siguió á usté y á mi Juana,
está por usté... ¡Dios mio!
y vaya... casarse quiere;
y es un mozo! yo lo fio,
porque por usté se muere.
AURORA. Pero qué te ha dicho?
JUAN. A mí?
DIEGO. Habla.
JUAN. Pues, lo que conviene,
que va á llegar pronto aquí.
DIEGO. No le dije á usted... *(A Aurora.)*
JUAN. Y viene
para pedirle la mano
de la señorita, al punto,
á su tia y á su hermano
y á su padre y al difunto,
tambien se la pediria
si viviera: es mucho mozo...
no estoy en mí de alegría.
DIEGO. Pero dá tréguas al gozo
y esplícanos...
AURORA. Vamos, Juan,
sepamos los dos tambien...
JUAN. Que ya está trazado el plan
y que todo saldrá bien.
No tema usté, señorita.
AURORA. ¿De qué se trata?
JUAN. A los tres
viene á hacer una visita,
que son tres visitas; pues.
A don Pedro la primera,
la segunda á doña Engracia
y á don Cárlos la tercera.
Usté verá con qué gracia
voy trayéndole uno á uno
luego los tres al salon,
sin que se entere ninguno
del órden de la funcion.
AURORA. ¿Con que es decir que se trata
de una comedia?
JUAN. Y cual todas,
si el diablo no alza la pata,

ha de terminar con bodas.
Pero aquí su padre viene;
déjeme usté, señorita,
solo con él ; me conviene
anunciarle la visita
que va á hacerle el forastero.

DIEGO. Vamos pues; es necesario:
no estorbar es lo primero.

AURORA. Vamos pues, señor notario,
no dirá que le estorbé:
ofrezco neutralidad.

DIEGO. Aurora, tenga usted fe.

AURORA. Mas prometo, caridad.

(*Váse Aurora por la izquierda y D. Diego por el foro, derecha.*)

ESCENA VI.

JUAN *solo asomándose al balcon de la derecha mientras llega* D. PEDRO *por la segunda puerta de la izquierda muy distraido y hablando solo.*

JUAN. Anda, que ya el forastero
en la casa-puerta espera:
espere, tambien yo espero
y bien que me desespera.
Mas ya don Pedro está allí :
le anuncio al que aguarda acá,
y ellos se arreglen aquí
mientras yo me arreglo allá.
(*Sale D. Pedro.*)

PEDRO. (No puedo dar con el *item*.
por mas que medito y pienso.)

JUAN. (Anda con ella, que viene
hablando ya solo el viejo.)

PEDRO. (Si en vez de estar en la córte
viviera yo en algun puerto
de mar, acaso pudiera,
ante los ojos teniendo
cien barcos de tantas clases,
coordinar mi pensamiento
para dar con el *busilis*,
quiero decir, con el medio
de utilizar las corrientes
que forme del aire denso
fabricado en la bodega
del segundo barco-viento.)

JUAN. Señor!...

PEDRO. (En vano me agito.)

JUAN. (Y no me escucha.) Don Pedro! (*Grita*)
PEDRO. ¿Qué te se ocurre, bergante? (*Distraido.*)
(Con dos velas; no, no es eso.)
(*Hace como si tuviera delante un buque.*)
JUAN. Digo, señor...
PEDRO. ¿Qué me quieres?
JUAN. Anunciarle á un caballero;
á un marino de los barcos.
PEDRO. ¿A un marino? (Viene á tiempo.)
Dile que pase... Mas, oye;
¿te ha dicho su nombre?
JUAN. Creo
que se apellida *mesana*,
ó *vauprés*, ó *mastelero*.
PEDRO. Mesana!... Vauprés!... ¿qué dices?
JUAN. Así me sonó de cierto.
PEDRO. ¿Será Illana?
JUAN. Pues, en *ana*:
lo que yo dije primero.
PEDRO. (Es el hijo del Vizconde
á quien un millon debemos:
ese aristócrata imberbe
á quien pretende don Diego
ceder hoy de nuestra hacienda
la administracion.)
JUAN. ¿Lo entro?
PEDRO. Cómo? Sí, dile que pase.
JUAN. Al instante. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON PEDRO *solo.*

Nada pierdo
con recibir su visita;
siempre está bien conocerlo.
¡Un Vizconde! será un mozo
como todos, peripuesto;
un *lion*, un parisiense,
un mentecato completo;
pero con lente en el ojo
y el habano entre los dedos.

ESCENA VIII.

El mismo y JUAN *que anunciará á* D. CESAR *retirándose, en cuanto este pasa.*

JUAN. El capitan Cesar.
PEDRO. Que entre.
Adelante, caballero.

(*D. César se presentará con un traje que caracterice á un hombre de ciencia.*)

CESAR. Saludo á usted.
PEDRO. Igualmente:
puede usted tomar asiento.
CESAR. Quien guarda, como yo guardo
Y tiene como yo tengo
aficion para las ciencias,
para los sábios respeto;
hasta que V. no se siente
de pié estará.
PEDRO. Pues me siento.
(A lo menos este jóven
aunque título no es necio.)
CÉSAR. (Está el pez en el costado;
pues señor, mano al anzuelo.)
PEDRO. ¿Conque usted viene...?
CÉSAR. De Cuba
surcando mares inmensos
del Atlántico bravío
sobre el bajel mas ligero
de los que deben su quilla
á españoles astilleros.
PEDRO. Y ¿qué tal, señor Illana,
el viaje?
CÉSAR. Ha sido bueno.
Algunos nortes soplaron
y el golfo encrespó su seno;
mas de una vez las tormentas
del Atlas, grave concierto,
saludando á nuestro buque,
formaron de luz y truenos;
pero corriendo la *capa*,
cuando no *cerrada* al viento;
en Dios el alma, y la mano
sobre el *timon*, en su puesto
el *serviola* y la vista
clavada en el aparejo,
íbamos cruzando el golfo
burlando á los elementos.
PEDRO. Me habla usted en un lenguaje,
señor Illana, tan bello
como es siempre el de la ciencia,
que se inflama mi cerebro.
CÉSAR. La ciencia engrandece al hombre:
¿no es verdad, señor don Pedro?
PEDRO. Vaya si es verdad, amigo,
y tanto; yo, por ejemplo,
que como usté vé, ya soy,

vamos al decir, un viejo,
una máquina gastada,
si no por uso, por tiempo;
pues yo, encerrado en la torre
en donde mi estudio tengo,
es decir, mi observatorio,
y mis libros é instrumentos,
otro ser del que aquí abajo
allá arriba me contemplo.

CÉSAR. Ya supe yo por mi padre
que usted era, aunque modesto,
todo un sábio.

PEDRO. El buen Vizconde...
que Dios lo tenga en el cielo,
algunas veces conmigo
quiso discutir en sério;
pero...¡quiá! me daba risa:
en ciencias no era muy diestro,
mas por lo que se me alcanza
no es lo mismo su heredero.

CÉSAR. Yo no soy mas que un marino
algo estudioso, don Pedro,
que tiene amor á la ciencia
y en ella vé el elemento
de cruzar los anchos mares
como quien cruza un sendero
por la planta bien hollado,
que siempre vá satisfecho.
Pero usted por mis noticias
un astrónomo es completo,
que arrancar ha conseguido
á los astros y á los vientos
en su marcha y su corriente
sus naturales secretos.

PEDRO. Muchas vigilias, Illana,
me cuesta y mucho dinero
mi amor á la astronomía;
ahora en otra cosa pienso.
De inventar me ocupo un buque, *(Se levantan.)*
el cual, formando dos cuerpos,
el de atrás, mas claramente,
el que no vá delantero,
venga á ser como la máquina
propulsora, donde el viento
se elabore que hinche el lino
del barco que vá primero.

CÉSAR. Grande idea! (¡horror!...)

PEDRO. ¡Inmensa!
Vá á pasmar mi pensamiento.

Figúrese usted dos buques
unidos por los estremos;
el de delante con velas
para ir como en popa.

CÉSAR. Entiendo. (*Escuchando con afectada atencion.*)

PEDRO. El de atras lleva en seguida
una máquina en su seno
que vá elaborando siempre
cierta cantidad de viento
que arroja por grandes tubos
en las velas del primero.
Se hinchan estas; al instante
arranca el buque, y siguiendo
su marcha, el otro que lleva
el motor, el elemento....
burlándonos de las calmas
en popa caminaremos.

CÉSAR. (¡Pobre loco!)

PEDRO. ¿Qué tal?

CÉSAR. Digo
que un grave obstáculo encuentro.

PEDRO. Veamos. (*Con admiracion.*)

CÉSAR. Si se levanta
contra el rumbo que debemos
seguir, un viento mas fuerte
que el artificial...

PEDRO. Comprendo (*Meditando.*)
Viento de proa?

CÉSAR. Pues.

PEDRO. Hombre!...
pues no habia yo dado en eso. (*Con estupefaccion.*)

CÉSAR. (Es un infeliz.)

PEDRO. Entonces...

CÉSAR. Ya entre los dos pensaremos
el modo de darle cima
á tan útil pensamiento.

PEDRO. Le cojo á usté la palabra. (*Con alegría*)

CÉSAR. Cumpliré la que le ofrezco.

PEDRO. (Es simpático ese jóven.)

CÉSAR. (Tiene en la boca el anzuelo.)

PEDRO. (Y sabe, pues, tiene ciencia.)
Ahora de otra cosa hablemos.
¿Conque V. viene á Madrid
para cobrar su dinero?
Un millon! bonita suma
para un jóven tan discreto.

CÉSAR. A cobrar precisamente
no vine á Madrid, don Pedro:
bastábame mi tutor

y de la casa el buen crédito.
Vine á Madrid á otro asunto,
otro destino cumpliendo.
Mi padre me dió el encargo
en sus instantes postreros
de visitar esta casa
y de estimar á sus dueños;
suplicándome que fuese
con usted, por el recuerdo
de la amistad que le tuvo,
mas que amigo un hijo tierno.

PEDRO. El estimable vizconde...
Oh! mucho su muerte siento:
cual á un hermano lo quise
con cariño verdadero.

CESAR. Pues bien, señor; esto dicho,
y por cumplir el deseo
de mi buen padre, quisiera
que usted desde este momento
como á un hijo me tratase.

PEDRO. Quedará usted satisfecho
y honrado yo con tal hijo.

CESAR. Oh! gracias. (Tragó el anzuelo.)

PEDRO. (Si el notario cede á Illana
como dijo sus derechos,
yo seré quien administre.)

CESAR. Se me ocurre un pensamiento.

PEDRO. Veamos.

CESAR. Segun noticias
tiene usted una hija.

PEDRO Cierto:
y es hermosa como un ángel.

CESAR. Se la pido en casamiento.

PEDRO. ¿Qué dice usted...?

CESAR. No es soltera?

PEDRO. Sí.

CESAR. Yo tambien soy soltero,
caso con ella y al punto
padre llamar á usted puedo.

PEDRO. Pero sabe usted si Aurora
le querrá?

CESAR. Ya lo veremos.
Mas ante todo quisiera
de usted el consentimiento.
Con mi tutor he tratado
de este asunto.

PEDRO. Con don Diego?

CESAR. Justamente, que há un instante
me visitó con objeto

de ofrecerme, pretestando
que él estaba ya muy viejo,
la administracion que lleva
de su cargo.

PEDRO. De lo nuestro,
quiero decir, de los bienes
que nos administra?

CESAR. Cierto.

PEDRO. Y bien ¿usted que le dijo?

CESAR. Quise hablar á usted primero,
porque el asunto requiere
inteligencia y...

PEDRO. Comprendo.

CESAR. Sin el apoyo de usté,
la verdad, yo no me atrevo,
despues de tener noticias
de los indomables génios
de su hijo y de su hermana.

PEDRO. Son á la verdad violentos
sus caracteres; por tanto,
Illana, yo no le niego
la mano de mi hija Aurora.
Si ella quiere...

CESAR. (Tragó el cebo.)
Qué alegría! desde ahora
por hijo suyo me cuento,
y de todo cuanto emprenda
será usted mi consejero.
Yo veré á Aurora; rendido
le ofreceré mi amor tierno,
y esposo seré del ángel
que dió á usted por hija el cielo.
Ahora, señor, me retiro
para aceptar de don Diego
el encargo que me cede
y que con su apoyo acepto.

PEDRO. Cuente usted con él, Illana. (*Con satisfaccion*)

CESAR. Gracias, gracias y hasta luego. (*Lo saluda.*)
(La primera fortaleza
pronto vino por el suelo,
quedan dos; para rendirlas
tengo fé, y amor y alientos. (*Vase.*)

ESCENA IX.

D. PEDRO *solo.*

PEDRO. Me agrada este jóven. Bravo!
y de mi parte lo tengo;

que se case con Aurora,
que casado, ya veremos
quien manda aquí. Por lo pronto
que administraré es lo cierto,
pues nunca harán buenas migas
Carlos, calavera y nécio,
y Engracia, mística y tonta,
con este docto mancebo.
Vale mas Cesar de Illana
que el químico majadero,
de quien no seria esposa
mi hija Aurora por afecto.
Juan! Juan!

JUAN. Señor. (*Desde dentro.*)

ESCENA X.

EL MISMO *y* JUAN *entrando por el foro.*

PEDRO. Al instante
vé de Aurora al aposento;
anúnciale mi visita.

JUAN. Voy volando. (*Vase.*)

ESCENA XI.

D. PEDRO *solo, á poco* JUAN.

PEDRO. Hablarle quiero,
y ponderarle de Illana
las virtudes y el talento.
yo le diré que, aunque título,
es un jóven muy modesto.
El es además simpático
y se captará su afecto;
asi Aurora tendrá esposo
conmigo solo de acuerdo.
Voy á ver.

JUAN. La señorita
lo espera.

PEDRO. Pues al momento (*Vase.*)

ESCENA XII.

JUAN *solo.*

JUAN. La Magdalena te guie:
por Dios que se fué á buen tiempo,
que ya vienen á esta sala

Juanilla y el estafermo
de doña Engracia. Me escurro
que hoy me toca ser portero
y atienda el que tiene tienda,
y cada posta á su puesto. (*Vase foro.*)

ESCENA XIII.

DOÑA ENGRACIA *y* JUANA. JUAN *á poco.*

ENGRACIA. Bien, Juana, por darte gusto,
y dárselo á mi sobrina
á este salon vendré un rato
á leer todos los dias. (*Se sienta.*)
JUANA. Ya verá usted qué contenta
se pone la señorita,
pues juntas las dos, en tanto
que ella al bordado se aplica...
ENGRACIA. Yo paso el tiempo leyendo
la santa y piadosa vida
de los santos, que en conciencia
Aurora en esto anda omisa.
JUANA. Se equivoca usted, señora.
Pues si ella es una bendita
que de la cama á la iglesia
vá siempre en mi compañía
lo mismo los dias festivos
que los de trabajo.
ENGRACIA. Chica,
no siempre van las doncellas
á la Iglesia para oir misa;
mas yo sé que es muy piadosa
y muy buena mi Aurorita.
JUAN *que sale.* (Aquí entro yo.) Doña Engracia.
ENGRACIA. ¿Qué te se ofrece?...
JUAN. Decia
que un caballero pregunta
por usted.
ENGRACIA. ¿Por mí?
JUAN. Es la fija.
ENGRACIA. ¿Y qué quiere?
JUAN. Yo presumo....
que hacerle á usted una visita.
ENGRACIA. ¿Dijo su nombre?
JUAN. *Sotana*,
ó *casulla* ó si no *mitra*.
El viene de allá muy lejos
de América ó de las Indias.
ENGRACIA. ¡Casulla! ¡Sotana! Calle...

Ya caigo, aunque mal te esplicas:
¿será Illana?...

JUAN. Pues, en *ana*,
lo mismo que yo decia.

ENGRACIA. (El hijo de aquel vizconde
á quien debe la familia
un millon en efectivo.
Ese mocoso que aspira...
es decir, á quien pretende
ceder don Diego en seguida
que ha llegado, de la casa
los negocios.)

JUAN. ¿Se le avisa?

ENGRACIA. Que pase.

JUAN. Bien.

ENGRACIA. Sí, que entre.

JUAN. Voy corriendo. *Vase.*)

ENGRACIA. Sal, Juanilla.

JUANA. Ya me marcho. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

DOÑA ENGRACIA *sola.*

ENGRACIA. Nada pierdo
con recibir su visita.
¡Un marinero! De fijo
será un impío sin pizca
de religion, por supuesto;
pero en cambio apostaria
que viene oliendo á tabaco
y al ron de nuestras Antillas.

ESCENA XV.

La misma y DON CÉSAR. JUAN *lo anuncia y se retira.*

JUAN. César Illana.

ENGRACIA. Adelante.

CÉSAR (*Se presenta vestido de negro y con humildad*)
Dios le dé á usted buenos dias.

ENGRACIA. A todos nos los dé buenos
ocupe usted esta silla.

CÉSAR. Gracias, señora. (*Se sienta.*)

ENGRACIA. (Es un jóven
de amable fisonomía,
y no revela en su traje;
ser de condicion altiva.)

CÉSAR. (Está pasando la vieja

á mi persona revista.)

ENGRACIA. El sombrero... (*Hace por tomarlo.*)

CÉSAR. (Aquí lo dejo.) (*Lo pone en el suelo junto á su silla*)

ENGRACIA. ¿Con qué viene usted?...

CÉSAR. De misa.
Son á bordo tan contadas
las que oimos, que en seguida
de saltar á tierra, busco
cualquiera templo ó capilla
en donde dar á Dios gracias
por su bondad infinita.

ENGRACIA. Muy bien hecho: esa costumbr
es muy cristiana y muy digna
de un jóven que es descendient
de tan honrada familia.

CÉSAR. Mi buena madre, señora,
en la infancia me decia,
estudiando en mi carácter
la inclinacion que aun anima
mi deseo de ver mundo,
de viajar que yo tenia:
—Cuando emprendas un viaje
antes que de todo, cuida
de pedir á Dios su amparo
que él será tu compañía,
y despues que al final llegues
de tu viaje, en seguida
vé al templo á rendirle gracias
por haber sido tu guia.—
Era una Santa mi madre,
señora, era una bendita
como usted, de quien recuerdo
que mi padre con porfía
á todos aseguraba,
hablando de sus amigas
en Madrid, que usted de cierto
por sus costumbres y vida
siempre ejemplar y cristiana,
siempre bondadosa y pia,
era mártir en la tierra
para los cielos nacida.

ENGRACIA. El vizconde, que esté en gloria
muy bien que me conocia.
Mas de una vez reunidos
en casa, en cuestiones íntimas
me dió la razon, y siempre
por él me ví distinguida.

CÉSAR. Y antes de morir, señora,
el me encargó esta visita,

suplicándome que fuese
con usted, y mientras viva
lo seré, respetuoso
en la amistad.

ENGRACIA. Dulcifica
mis pesares por su muerte
esa agradable noticia.
Sus memorias le agradezco;
y con toda el alma mia,
pediré á Dios el descanso
de la suya.

CÉSAR. Es una anguila
la vieja en lo resbalosa,
y en lo astuta una tonina:
ni con red ni con anzuelo
la pesco; mano á la fisga.)

ENGRACIA. ¿Con que usted se há dedicado
por lo visto á la marina?

CÉSAR. Para viajar y ver mundo
quise dejar las Antillas:
mas luego las soledades
de la mar, que en lo infinita,
en lo profunda y potente
de Dios es imágen fija,
mi espíritu recogiendo
con visiones intuitivas
en que de Dios me mostraban
la presencia peregrina;
cambiando fueron las locas
ilusiones que tenia:
y hoy solamente navego
por que el alma simpatiza
con la quietud de los mares
y su soledad tranquila.

ENGRACIA. De modo que con la tierra
nada, don César, le liga.

CÉSAR. Nada, señora; por eso
paso en los mares la vida.

ENGRACIA. Pero usted es jóven, tiene
usted, segun mis noticias,
una fortuna....

CÉSAR. Muy pobre.

ENGRACIA. No tal, Illana, muy rica.
Tan solo acá le debemos
un milon.

CÉSAR. No es mala cifra:
Por ella su bien hallaran
algunas pobres familias,
empleada en un asilo

de caridad.

ENGRACIA. Es muy digna
la idea de usted, don Cesar;
aunque yo la emplearia
en el scsten de una casa...

CESAR. ¿Diga usted...? (*Con interés*).

ENGRACIA. De recogidas.

CESAR. El pensamiento es sublime:
¿quiere usted llevarlo á cima?

ENGRACIA. ¿Yo, don Cesar? (*Se levantan.*)

CESAR. Un momento:
usted tiene una sobrina
de quien mi padre me hablaba
con entusiasmo.

ENGRACIA. Es muy linda,
jóven modesta y amable,
y además caritativa.

CESAR. Si yo con ella casara,
fuera usted tambien mi tia
y juntas, el pensamiento
de usted, que Dios se lo inspira
con su ausilio, realizado
ciertamente se veria.

ENGRACIA. No es mal plan ¿pero usted sabe
si consentirá la niña?

CESAR. Por ella no haya cuidado,
que pues es buena y sencilla,
amándola yo rendido
habrá de amarme sumisa.

ENGRACIA. (Y en verdad que me conviene
el casamiento).

CESAR. (Ya pica).

ENGRACIA. (Cederle don Diego intenta
la administracion...)

CESAR. (Medita.)

ENGRACIA. (Y oponiéndose mi hermano
y mi sobrino, se indica
que como yo lo protejo
hará cuanto yo le diga.)

CESAR. Si usted su apoyo me diera,
entonces yo aceptaria
la direccion que pretende
poner con instancias vivas
á mi cuidado don Diego,
de los bienes que administra
de esta casa.

ENGRACIA. Ya le ha dicho...?

CESAR. Me há propuesto... (pica, pica.)

ENGRACIA. ¿Y usted acepta?

CESAR. Primero
consultar quise á mi amiga.
ENGRACIA. ¿A su amiga?
CESAR. Mal he dicho:
debí decir á mi tia.
ENGRACIA. Si Aurora le dá su mano,
mi voto es de usted.
CESAR. ¡Albricias!
El cielo seguramente,
señora, mis pasos guia.
Voy á buscar al notario:
hable usted con su sobrina.
y en nombre de Dios veremos
nuestras ideas cumplidas.
Que Dios la guarde. (*Saluda con respeto.*)
ENGRACIA. Don Cesar,
él vaya en su compañía.
CESAR. (Dos he vencido, el tercero
caerá por tierra á mi vista,. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

ENGRACIA. *Sale al final* JUANA, *al paño la voz de* D. CARLOS.

ENGRACIA. Alegre me deja Illana
y él va lleno de alegría.
Es un jóven como hay pocos;
piadoso, humilde, sin pizca
de presuncion y despierto.
Si señor, vaya... se inspira
en los preceptos divinos,
y Dios su mente ilumina,
y además Cárlos y Pedro
no harán con él buena liga,
y es mejor para mis planes,
de cierto, que ese tontina
sobrino de su eminencia
á quien odia mi Aurorita.
Corro á buscarla al instante,
le alegrará la noticia.
CARLOS *dentro.* ¡Que amarre Antonio en el patio
el negro y la yegua pia!
ENGRACIA. Juana, Juana...! me parece
que es mi sobrino: Juanilla!
JUANA. Qué quiere usted? (*Sale.*)
ENGRACIA. (No lo dije...) (*Mirando por el foro*):
¿Dónde está la señorita?
JUANA. En su habitacion bordando

un pañuelo de batista;
con ella su padre estuvo
hace un rato.

ENGRACIA. Sí, de intrigas;
voy á verla, vé delante
y mi llegada le avisa. (*Vanse*).

ESCENA XVII.

DON CARLOS *y* JUAN *por el foro.*

CARLOS. Anda vé, Juan, á mi cuarto
y hallarás sobre la mesa
una caja con pistolas
que he puesto yo mismo en ella.

JUAN. ¿Las probadas ayer tarde...?

CARLOS. Malditas, son otras nuevas
que me enseñó esta mañana
el Baron de Casa Vieja,
y que probarlas intento,
porque me las cede á prueba,
hoy mismo en la Castellana
á donde yo iré en la yegua
que ya ensillar he mandado,
y tú en el negro.

JUAN. ¡Candela!
Mejor á pié señorito,
que yo no monto panteras.

CARLOS. Ah! ja, ja, ja... ¿tanto miedo
tienes al potro...?

JUAN. Mi tierra
es la suya, y mala cuña
es la de propia madera.
Ese bicho es indomable,
y ni con veinte serretas
le echo encima los calzones:
ni ama rado en una reja;
yo que usted lo venderia.

CARLOS. Pero Juan ¿quién me lo féria?
¿Quién ignora ya en la córte
que ese potro es una plepa?
Aquí ni de balde encuentro
caballista que lo quiera.
Lo oyes? ya está en el patio
rompiendo losas y piedras,
y destrozando á tirones
del cabezon las cadenas. (*Desde el balcon.*)

JUAN. Voy, señor por las pistolas.
(Ya estará el otro de vuelta.)

CARLOS. Asómate... mas ¿qué miro?
¿quién es el que se le acerca?
JUAN. (A ver (*Se asoma*) el mismo.)
CARLOS. ¡Qué diablos!
¡lo acaricia y lo sujeta!
¡la mano le lame al potro!
¡Y es un elegante! Vuela,
infórmate en el momento
de lo que busca.
JUAN. (Una hembra
que vale muchos millones.)
Voy señorito. (*Vase*).

ESCENA XVIII.

CARLOS *solo.*

Por fuerza
es caballista ese jóven.
Mi memoria no recuerda
haberlo visto; sin duda
no es de Madrid; si lo fuera,
un jóven tan elegante
y de tan noble presencia,
amigo mio, seria.....
¿Quién hoy en Madrid me niega
su amistad? á mí que estreno
cada mes una librea,
y que renuevo mis trenes
cada año y mis parejas.
A mí que en París me visto;
á mí que tengo luneta
en el *Real* y en el *Príncipe*
y que monto siempre yegua
como la *baya* y la *pia*
de sangre y de raza inglesa!

ESCENA XIX.

El mismo y sale JUAN *que se retira cuando lo marque el diálogo.*

JUAN. Señorito, el caballero
se llama, dice, don César
y de apellido *tartana.*
CARLOS. ¿Qué estás diciendo, babieca?
¡*Tartana*!
JUAN. O sino *birlocho,*
aunque á tartana me suena.

CARLOS. ¿Será Illana?
JUAN. Pues, en *ana*
y es Vizconde por mas señas,
Vizconde de los Palmares,
que viene de lejas tierras
para hacerle una visita
á usted, don Cárlos de Herrera.
CARLOS. ¿A mí? que entre en el instante.
JUAN. Voy volando. (*Vase.*)
CARLOS. ¡Qué rareza!
Buscarme á mí y no á mi padre
ni á mi tia. ¡Oh qué idea!
Este es el hombre que debe
administrar nuestra herencia
por encargo del notario:
justamente. El albacea
le habló de mí, de mi génio,
de mis gastos, y él intenta
conocerme: me preparo
por si acierto en mis sospechas.
De todos modos, conviene
que yo le otorgue esta audiencia,
que lo trate y lo examine
antes que mi parentela.

ESCENA XX.

El mismo y D. CESAR *á quien anuncia* JUAN *marchándose en seguida.*

JUAN. El señor Vizconde.
CARLOS. Que entre. (*César sale con traje de paseo á la moda.*)
CESAR. Saludo al señor de Herrera.
CARLOS. Saludo al señor de Illana.
Una silla.
CESAR. Gracias..... sea. (*La toma y se sientan.*)
JUAN. (Me largo por las pistolas.....
el asunto vá de perlas.) (*Vase.*)
CARLOS. (Pues, de última, á la *dernier.*)
CESAR. (Mucho este mozo me observa.)
CARLOS. (Se viste en Londres, de fijo.)
¿Y viene usted. ..?
CESAR. En América
dió principio mi viaje;
crucé el golfo de las Yeguas
pasando por las *Azores*
en la atrevida corbeta,
cuyo primer mando tengo.

Hice escala en Inglaterra.
Despues bajando la costa
que el Océano rodea
de España y de Portugal,
dí fondo en Cádiz la bella,
y pasando de mi buque
en tanto que se carena
á un tren, que corre diez millas
en cada hora que cuenta
de viaje, que ya es marcha
mejor que la de carreta,
en Córdoba me hallé luego;
despues en la diligencia,
que invierte una singladura
en pasar Sierra Morena,
y otra vez un tren tomando
en Santa Cruz de Mudela,
á la córte llegué, en donde
el que reina no gobierna.

CARLOS. ¡Ah ja, ja, ja!... ¡qué chistosa
y satírica reseña
me ha hecho usted de su viaje!

CESAR. Yo celebro muy de veras
que un jóven tan *comme il faut*
de tanto *chic* y agudeza
como usted, haya encontrado
alguna chispa en....

CARLOS. Selecta
fué la descripcion, querido,
digna de Larra ó Villergas.

CESAR. ¿Quiénes son esos sugetos?

CARLOS. Dos críticos, dos poetas
que á todo bicho viviente
pusieron en evidencia;
no dejando con sus sátiras
á títere con cabeza.

CESAR. ¡Larra! ya caigo, sus obras
son honra de nuestras letras.
Al otro lo he conocido
charangueando en América.
Mas yo pensé que citaba
usted á dos calaveras
de los que nobles se inspiran
Tous les jours: de sobre mesa
en la espumosa copilla
del *Champagne Clicof*.

CARLOS. (¡Aprieta!
el mozo es aficionado)

CESAR. Me parece que se alegra.

¿Usted no bebe?

CARLOS. De cierto...

CESAR. doble que usted.

CARLOS. Una apuesta.
¿A cual de los dos primero
consume un par de botellas
de Champagne?

CESAR. No, de Jamaica,
de veinte grados siquiera.

CARLOS. ¡Qué atrocidad!

CESAR. Amiguito, (*Se levantan.*)
en algo la diferencia
ha de notarse, bebiendo
entre una boca plebeya
y la de un jóven que tiene,
la sangre azul en sus venas.

CARLOS. Probarémos.

CESAR. Probaremos.

CARLOS. Mañana.

CESAR. Cuando usted quiera.
Seguro estoy de dejarlo
ivrogne bajo la mesa.

CARLOS. Lo veremos.

CESAR. Lo veremos.

CARLOS. (Es jóven de buena escuela.)

CESAR. (A este mozo con la mano
sin anzuelo se le pesca.)

CARLOS. ¿Y usted en Lóndres se viste?

CESAR. Y en París: ambas tijeras
acepto para mis trajes.
Parisiense es mi etiqueta,
pero en *negligé* me gusta
mucho mas la moda inglesa.

CARLOS. Es un *promenage* muy lindo
el *semi-fluc* que usted lleva.

CESAR. *Mr. Bel maitre tailleur*
Boulevart Montmartre 40.
Pero, ¡Jesus! me olvidaba
que iba á salir: no quisiera
que por mi causa...
(*Vá hácia el balcon.*)

CARLOS. Vizconde
pensaba dar una vuelta
por la Castellana.

CESAR. Entonces...

CARLOS. Pero no, no corre priesa.

CESAR. ¿Va usted á montar ese potro?
¡Bravo animal!

CARLOS. No, la yegua.

El potro no hay quien lo monte
sin salir por las orejas.

CESAR. Pues me gusta.

CARLOS. (¡Majadero!
ya le he quitado la féria.)

CESAR. Se lo compro á usted.

CARLOS. (¡Y lo quiere...!)
Ya le he dicho...

CESAR. De esas fieras
saco yo mucho partido,
Don Carlos; allá en mi tierra
la doma del potro hacemos,
venciéndolo por la fuerza:
enlazamos á un descuido
del potro, el cuello y las piernas,
con él damos en el suelo,
dominando su fiereza,
y colocándole al punto
silla, bocado y serreta,
en sus lomos nos subimos
con buena *cuarta* y espuela
hasta que domado cae
despues de larga carrera.

CARLOS. ¿Quiere usted montar el potro?

CESAR. Daré con usted la vuelta
de que habló, á la Castellana.

CARLOS. Muy bien dispuesto, don Cesar.

CESAR. Y en cuanto á precio, don Carlos,
me quedo con él.

CARLOS. Sin prueba?...

CESAR. Para saber lo que vale
me basta su estampa.

CARLOS. Sea.
¡Juan!

ESCENA XXI.

LOS MISMOS y JUAN *con la caja de pistolas.*

JUAN. Señor.

CARLOS. Qué es eso?

JUAN. Traigo
las pistolas.

CARLOS. Bien, bien. Vuela
y échale al potro una silla.

CESAR. Un galápago á la inglesa.
Yo iré á cincharlo y yo mismo
le pondré el bocado, Herrera.

CARLOS. Como usted guste, Vizconde.

Yo no respondo... (*Saca y registra las pistolas.*)

CESAR. Son buenas
al parecer.

CARLOS. Cuidadito
que están cargadas.

CESAR. De veras? (*Examinándola.*)
Por mi parte, estoy, D. Carlos,
dispuesto para esa vuelta.
Y ya hablarémos de paso
del objeto que hoy me acerca
á la córte.

CARLOS. Lo supongo.
¿Sin duda arreglar la deuda
que tiene contra la casa?

CESAR. Precisamente no es esa
la única razon.

CARLOS. Entonces.....

CESAR. Los negocios me molestan.
Hablarémos mas despacio.

CARLOS. Cuando guste.....

CESAR. (Cuando tengas
del Jamaica que me traje,
en el cuerpo dos botellas.)

CARLOS. (Pues este mozo me gana
sin disputa, es de mi escuela.)

CESAR. Distingue usté aquella rosa
blanca? (*En el balcon y Carlos despues.*)

CARLOS. La sola?

CESAR. Sí, aquella.

CARLOS. Cincuenta pasos lo menos
está de aquí.

CESAR. No, sesenta.

CARLOS. Mucho peor.

CESAR. Pobre rosa,
ya no dará mas esencia. (*Dispara.*)

CARLOS. Bravo pulso! deshojada
cayó la flor.

CESAR. Voy por ella.
Desde el tope de mi buque
mate con igual firmeza,
los golfos atravesando,
golondrinas á docenas. (*Salta por el balcon.*)

CARLOS. Saltó; ni un ave le gana
al Vizconde en ligereza.

ESCENA XXII.

CARLOS, *despues* D. PEDRO, D.ª ENGRACIA, *y por último* AURORA, JUANA *y* JUAN *despues*.

ENGRACIA. Carlos.! (*Asustada.*)
PEDRO. ¡Chico! (*id.*)
ENGRACIA. ¿Qué sucede?
PEDRO. ¡Una pistola!
CARLOS. Y certera,
que hay quien con ella deshoja
flores de un tiro, á sesenta
pasos lo menos.
ENGRACIA. ¡Qué susto!
PEDRO. ¡Qué escándalo!
ENGRACIA. Ni siquiera
respeto á la casa tienes.
CARLOS. Fué un amigo.
PEDRO. Bien respetan
tus amigos á tu padre.
AURORA. ¿Qué ha sido? (*Saliendo.*)
PEDRO. Hija mia, llega.
ENGRACIA. Ya ves tu hermano, sobrina.
AURORA. (¡Qué miro! ¡Cielos! fue César (*Mirando por
que en la mano la pistola el balcon.*)
y la flor tronchada lleva.)
¡Cárlos! tia!... padre! (*Dirigiéndose á los qué
No es nada. cita.*)
ENGRACIA. Sal ahora á su defensa.
PEDRO. ¡No hay remedio!
CARLOS. ¡Mala peste!
AURORA. Mas... Cárlos... (*Se acerca.*)
CARLOS. Aurora, suelta.
JUANA. Pero, señorito...
CARLOS. ¡Basta!
JUAN. Listos el potro y la yegua! (*Al foro.*)
ENGRACIA. Vámonos, Juana, á mi cuarto!
PEDRO. Juan, en la torre me encierras:
de allí han de sacarme muerto!
ENGRACIA. De allí han de sacarme muerta!
CARLOS. A la Castellana al punto.
AURORA. Dios mio! dadme paciencia!
(*Todos se marchan á un tiempo, Aurora se pone en el balcon.*)

CAE EL TELON.

ACTO TERCERO.

Representa la misma escena que en los actos anteriores. Es la mañana del siguiente dia.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO *esperando y* JUAN *sale á su encuentro.*

JUAN. Di aviso á la señorita
y va á salir al instante:
la pobrecita ha pasado
señor don Diego, una tarde
y una noche...

DIEGO. Qué sucede?

JUAN. Pues, señor, como usted sabe,
despues de la primer riña
hubo luego otra mas grande.

DIEGO. «La causa de esta segunda
«es la que yo ignoro.

JUAN. «Aguarde.
«Para hacer las tres visitas
«vino á esta casa el amante,
«el marino, pues, don César,
«vizconde de los Palmares,
«vestido ramplonamente
«como un capitan mercante.
«Hizo su primer visita
«al señor don Pedro: al padre.
«Salió despues, y en seguida
«variando un poco el traje,
«y mucho la accion, yo mismo
«lo tomé por un abate

«de aquellos que en las comedias
«vestidos de negro salen,
«entró á ver á doña Engracia,
«cumpliendo con esta parte.
«Se fué otra vez y en seguida
«volvió hecho un elegante,
«ó como al examinarlo
«dijo el señorito, un *dandy*,
«y don Cárlos lo recibe
«y aquí dá principio el lance.
«Toma y monta una pistola
«de dos que yo mismo trage,
«y troncha una flor con ella,
«desde aquí hasta los rosales.
«En seguida, como un gato,
«he dicho mal, como un ave,
«sintiendo que al tiro acude
«la familia y no hay escape
«posible, por esa puerta,
«por el balcon, salta y cae,
«mejor dijera se posa,
«sobre el monton de forraje
«ya cortado para el pienso
«que toman los animales.
«Aquí se arma entre don Cárlos
«y familia el *zipizape*:
«gritan todos, todos huyen;
«á la torre se vá el padre,
«la doña Engracia á su cuarto
«con Juana que la acompañe;
«al jardin baja don Cárlos,
«donde el marino muy grave
«se empeña en montar el potro
«andaluz, que es indomable.
«El mismo lo enfrena y cincha:
«desempedrando la calle
«seguido del señorito
«que la yegua monta, sale
«saludando á doña Aurora,
«que en el balcon como el ángel
«de su guarda se encontraba,
«con su tranquilo semblante
«dando valor al ginete,
«que al fin arranca el escape.
«¿Qué tal don Diego?

DIEGO. «Hasta ahora
«en cuanto me relataste,
«ninguna imprudencia advierto
«ni nada vituperable.

JUAN. «Es, don Diego, que ahora viene
«lo mas singular del lance.»
Dos horas se pasarian
que era ya de noche casi,
cuando el marino y don Cárlos
dieron la vuelta; al instante
que se sirva una comida
con dos cubiertos de Lhardy,
el señorito nos manda,
y que haya vino abundante;
y en el comedor se encierran
con seis botellas de brandy
que de la fonda trajeron
el hermano y el amante.
Vengan ostras, vengan fritos,
vengan salsas, vengan aves,
viejo vino, mucho mosto;
burdeos, jerez, champagne,
y despues sobre los postres
coñac, y dale que dale.
Seis horas así: serian
como las tres.

DIEGO. Adelante.

JUAN. Los dos *nenes*, frente á frente
cada cual, con su gran traje
de turca, bebiendo estaban
á cual mas pronto *apagase*
la última de las velas
que se habian puesto delante.
Con la gran chispa, se entiende,
los dos á desentonarse
comienzan: las voces crecen
y palabras mal sonantes,
y entonces la señorita,
que en el ojo de la llave
pasó la noche, atisbando
la escena, llamóme aparte
y me ordenó que al momento
en el comedor entrase,
y al amigo de su hermano
le dijera de su parte,
que á descansar á la fonda
al punto se retirase.

DIEGO. Y bien, concluye.

JUAN. En seguida
la obedecí, y no fué en balde
el recado, que al momento
se alzó don César galante,
y estrechando de don Cárlos

la mano, tranquilo y grave
cual si refrescado hubiese
con agua solo las fauces,
estas palabras le dijo:
—para el dia en que me case
con Aurora, tierno amante,
tengo otra media docena
de este riquísimo brandy.
Buenas noches—y tomando
su sombrero con un aire
y una gracia, y por supuesto
don Diego, sin dar señales
de haber bebido tan fuerte,
salió el marino á la calle
dejando á mi señorito
tan borracho como un yanky.

DIEGO. Muy bien, Juan, toda esa historia
me agrada que es importante;
resérvala de la tia
y que no la sepa el padre.

JUAN. Corriente.

DIEGO. Así nos conviene;
mas creo, sí, Aurora sale.
Vé á la fonda de don César:
procura al momento hablarle,
y anúnciale mi visita.

JUAN. Voy corriendo.

DIEGO No te tardes.

JUAN. Diré de paso á Juanilla
que vá la boda al escape. (*Vase.*)

ESCENA II.

D. DIEGO *y* AURORA, *que sale puerta primera izquierda.*

DIEGO. Muy buenos dias, Aurora.

AURORA. Felices, señor don Diego.

DIEGO. ¿Descansó usted de la noche
que por cuidados agenos
en agitacion pasara
testigo triste de escesos?

AURORA. ¿Sabe usted...?

DIEGO. De lo ocurrido
en el comedor, el bueno
de Juan, ahora mismo cuenta
me ha dado en este aposento.

AURORA. ¡Qué noche!

DIEGO. No hay que alarmarse,
son los ardides del juego:

venza á su contrario César
como nosotros queremos,
y para vencer que escoja
el á su gusto los medios.

AURORA. ¡Cuánto bebió!

DIEGO. ¿Quién, don Cárlos?

AURORA. Y el Vizconde.

DIEGO. Mas, sereno
me ha dicho Juan, y él lo entiende,
que dejó Illana su puesto.

AURORA Por su firme despedida,
en razon estaba al menos.
Le habló de su boda á Cárlos.

DIEGO. Luego estan ya de concierto;
pues por esta parte, Aurora,
vamos marchando derecho.
¿Y qué hay de doña Engracia?
¿Qué sabe usted de don Pedro?

AURORA. Yo no sé lo que el Vizconde
habló ayer tarde con ellos.
Lo que yo sé es que mi padre
y que mi tia Engracia luego,
en mi habitacion entraron
hablándome con estremos,
haciéndome mil elogios
del carácter y talento
y virtudes del marino,
á quien el uno por yerno
y por sobrino la otra,
aceptaran al momento.

DIEGO. Pues entonces, hija mia,
el pesar de usted no entiendo.

AURORA. Si el vizconde ha conseguido,
representando diversos
carácteres, ganar hoy
la voluntad y el afecto
de mis parientes, ¿no es fácil
que mañana, descubierto
el ardid por ellos mismos,
en odio estallen sus genios,
y contra César se vuelvan
unidos para vencerlo?

DIEGO. Tenga usted fé siempre, Aurora,
lo principal está hecho.
El vizconde es buen marino
y él sabrá llegar al puerto,
cuando cuenta con mi ayuda
y le dá el amor alientos.
Hablemos, pues, de otro asunto

de que ya importa que hablemos.
Aquí traigo el espediente
ya listo de documentos,
y queda ya declarado
por el Juez, *segun derecho*,
la mayor edad de Aurora
de Herrera.

AURORA. ¡Bien!

DIEGO. Ya podemos
libremente manejarnos
á nuestro gusto y deseo,
y aunque les pese y se opongan
Cárlos, la Tia y don Pedro
mañana nos casa el cura
si queremos casamiento.

AURORA. ¿Mas, sin herencia?

Si niegan...
su permiso... en fin veremos.
Pero Juan vuelve.

ESCENA III.

Los mismos, JUAN *precipitado por el foro.*

JUAN. Mis pasos
Sigue el marino, don Diego:
tiene que hablarle al instante.

AURORA. Me retiro.

DIEGO. ¿Por qué?

AURORA. Vuelvo.

JUAN. Se le ha ocurrido una idea,
y, vaya, está satisfecho.

AURORA. Voy á arreglar mi tocado
pero salgo en el momento. (*Marcha.*)

DIEGO. ¡Mujeres! todas iguales.

JUAN. Divinas todas, ¿no es eso?
Si no hago falta...

DIEGO. Ninguna.

JUAN. Pues trás de Juana voy dentro.

DIEGO. No te alejes que pudiera
de tí necesitar luego.

JUAN. Bien: yo estaré repicando
y en la procesion, don Diego. (*Váse.*)

ESCENA IV.

D. DIEGO *y* CESAR *que sale por el foro derecho, yéndose* JUAN *por el izquierdo.*

CESAR. Felices, señor notario.
DIEGO. Señor vizconde, muy buenos.
CESAR. ¿Qué tal la noche?
DIEGO. Tranquila.
¿La de usted?
CESAR. Brava: de *trueno.*
Noche de *gabias* en *rizos*
calados los *malesteros;*
pero despues cuatro horas
estuve entregado al sueño,
que es cuanto se le permite
descansar al marinero,
y á montar la *barra* fiera
me tiene usted ya dispuesto.
DIEGO. ¿Qué plan medita el marino?
CESAR. Medito uno soberbio,
que contando con la ayuda
de un *práctico* tan maestro
como usted, seguro estoy
de llegar al *fondeadero.*
DIEGO. Veamos.
CESAR. ¿El espediente?
DIEGO. Ya listo y aquí lo tengo.
CESAR. Muy bien: á esplicarme paso.
Ayer, si mal no recuerdo,
me previno usted que era
cláusula del testamento,
que á Aurora se declarase
heredera, en el estremo
de que á gusto se casara
de sus tres parientes.
DIEGO. Cierto.
CESAR. Pues bien, notario querido;
yo he formulado, aunque lego
en jurisprudencia, al caso
que se presenta, un buen medio.
En este papel, escrito
hallará usted el pensamiento: (*Se lo dá.*)
déle usted formas legales
que yo darselas no puedo,
para que el Juez autorice
como legal mi proyecto,
«y doña Engracia y don Cárlos,

«como igualmente don Pedro,
«por la misma circunstancia
«de tener distintos genios,
«de fijo en favor su voto
«darán del mismo sujeto:
«en mi favor, cada uno
«de los tres, en el supuesto
«de no ser yo candidato
«de sus otros compañeros.

DIEGO. ¡Plan bravísimo, escelente!
¡Vaya si ajustarlo puedo
á las leyes que nos rigen!
Es un caso de derecho.
Voy á ponerlo por obra
en el instante.

CESAR. Me alegro
que lo apruebe usted, notario.

DIEGO. ¡Pues no! vaya si lo apruebo.
Una instancia y *una copia*
que *exhibo* del *testamento*;
la copia está ya sacada,
y tres, comparecí luego
y notifiqué y al punto
estendí lo que dijeron;
y dueño del testimonio,
de lo actuado al efecto,
con usted la casa el cura
y yo la herencia la entrego.

CESAR. Pues señor, cuanto mas pronto...

DIEGO. Sí, no hay que perder tiempo.
El Juez habita muy cerca,
de modo que pronto vuelvo
con el *auto* que á la *instancia*
pertenece de derecho.
En tanto, señor Vizconde,
en brazos de amor lo dejo,
que hácia aquí se acerca Aurora
tan bella como un lucero.

CÉSAR. Tan bella como su nombre,
como la aurora del cielo:
sonrisa del sol que nace
ó rayo del sol de invierno. (*Vase Diego por el foro.*)

ESCENA V.

DON CÉSAR Y AURORA. *El uno corre en busca del otro.*

CÉSAR ¡Aurora! (*Se estrechan la mano con alegría.*)

AURORA. ¡César!

CÉSAR. Aurora!

AURORA. Saludo á usted, caballero. *(Con desden.)*
CÉSAR. César me llamó primero.
AURORA. Bien ¿y qué?
CESAR. Nada, señora.
AURORA. Señorita soy.
CÉSAR. Por suerte
de los dos; sí, de los dos;
que solo esposa de Dios,
si en paz nos deja la muerte,
pudiera usted, no se asombre
de la fé que me hace hablar,
libertarse de llevar
detrás del suyo mi nombre.
Que yo con el triunfo cuento
porque el alma me lo anuncia,
y nadie al laurel renuncia
que ciñe en su pensamiento.
AURORA. ¡Yo creo que sueña usté!
CÉSAR. Ahora no sueño, he soñado;
mas aunque el sueño ha pasado,
yo creo en lo que soñé.
AURORA. Tambien despierto se sueña:
la vida es sueño, de fijo.
CÉSAR. Aunque Calderon lo dijo,
su dicho mentira enseña
en mi opinion, que contraria
siento á la de Calderon,
y pienso que mi opinion
es mas que aquella palmaria.
La vida es sueño ¿por qué?
¿porque vivir es soñar?
esto, señora, es hablar
dispierto, pero sin fé.
Con ella, ni bajo el sueño
duerme el hombre, en mi sentir,
que estar soñando, es vivir
de la inteligencia dueño.
Querer, señora, es poder
y poder es realizar:
¿qué es sueño, si al despertar
realizamos el querer!
Si con la fé que sentimos
cuando dormidos soñamos,
ya dispierto, nos lanzamos
á lograr lo que quisimos.
¡La vida es sueño! es verdad:
la vida es sueño sin fé;
mas con ella, afirmaré
que el sueño es la realidad.

AURORA. Fé tan grande, en mi opinion,
es bellísima en poesía:
tiene mas filosofía
la opinion de Calderon.
Diré á usted en que me fundo:
si pudiera realizar
el hombre, el *quiero*, al soñar
dominara el hombre el mundo.

CÉSAR. Y lo domina si quiere,
que á su voz y por su anhelo
el rayo baja del cielo
y á sus mismas plantas muere.
Le cuesta su afan, dolores,
y trabajos y tormentos;
pero halla con fé y talento
calma, riqueza y loores.

AURORA. Tiene usted en su opinion
tan digna y ardiente fé,
conviccion tan grande, que...
que rechazo á Calderon.

CÉSAR. Muy bien: escuche usted, Aurora;
le voy una prueba á dar
de que se puede lograr
cuanto se quiere, señora.
Era yo niño, muy niño,
cuando cual hombre, muy hombre,
prescindiendo de mi nombre,
de mi cuna y del cariño
que mi madre me tenia,
en mi existencia pensé,
y en lo porvenir fijé
los ojos del alma mia.
—Yo tengo, pensaba así,
buen nombre y muy noble cuna,
y mi padre una fortuna
vá juntando para mí;
mas sucederle pudiera
al niño antes de ser hombre,
que sin fortuna y sin nombre
solo en el mundo se viera.
Es necesario estudiar,
es necesario saber,
que pues preciso es comer,
es preciso trabajar.—
Ni el cariño de mi madre
fué valla á mi pensamiento,
ni me hizo cambiar de intento
el orgullo de mi padre.
Del mar la ciencia estudié

porque quise ser marino,
y siguiendo mi destino
sobre la mar me lancé.
Crucé el inmenso Occeano
De Norte á Sur, de Este á Oeste,
y en la bóveda celeste,
con el *Octante* en la mano
busqué afanoso la estrella
que mi signo presidia,
y que mostrarme debia
de mi bienestar la huella.
Y la encontré, sí señora;
tras de un furioso huracan,
en sueños la vió mi afan
en las tintas de la Aurora.

AURORA. ¿La vió usted?

CÉSAR. Como ví ayer
ese semblante hechicero;
en el centro de un lucero
la forma de una mujer.

AURORA. Cuénteme usted ese sueño
que le advierte su destino.

CÉSAR. Pues oiga usted al marino.

AURORA. Pues lo escucho con empeño.

CÉSAR. Por la mitad del atlante
que los dos mundos separa,
bajo el signo donde para
su carrera el sol brillante,
mi nave marchaba en popa
sobre la mar que dormia,
y yo la vista tendia
entre América y Europa.
Era de noche: la brisa
mi semblante acariciaba,
y clara luna me daba
blando sueño en su sonrisa.
Dormido quedé un momento
arrullado por el mar,
y al punto empecé á soñar
que furiosos mar y viento
contra mí se desataban
por la banda de Occidente,
que sobre altiva rompiente
á mi bajel arrojaban;
quedando el pobre marino
mecido en bajel dorado,
sobre una tabla, entregado
á su mísero destino.
Llena mi alma de espanto

dentro del cuerpo se agita,
y una plegaria bendita
le dirijo al cielo santo,
hasta que alegre mi alma
mira lucir en Oriente
un astro resplandeciente:
tras la *tormenta* la *calma*.

AURORA. Siga usted.

CÉSAR. Triste dispierto,
tranquila estaba la mar,
y empezaba á despuntar
la Aurora: miro, y advierto
entre las tintas de rosa
una estrella refulgente,
y en la parte de Occidente
negra nube borrascosa.
Me sacudo: de mi suerte
juzgo este sueño un aviso:
vida en Europa diviso
y en América la muerte.

AURORA. Y bien, ¿su sueño?...

CESAR. Hasta ahora
la mitad se realizó.
Allí mi padre murió
despues de quebrar, señora.
Tal novedad encontré
rindiendo mi rumbo allí,
y tras del astro que ví
mi rumbo á España torné.

AURORA. ¿Y el astro que en sueños vió
viene á la córte á buscar?

CESAR. Sobre ella, lo ví en el mar,
y el alma no me engañó;
porque al encontrarme ayer
con su semblante hechicero,
ví, mi soñado lucero
con la forma de mujer.

ESCENA VI.

Los mismos, y DON DIEGO, *con papeles, por el foro*

DIEGO. ¡Juntos aun, que me place!

CÉSAR. Buen notario.

AURORA. (Viene á tiempo,
que ya de emocion saltaba
el corazon en el pecho,
y hasta que todos lo aprueben
yo decidirme no debo.)

DIEGO. Aquí el espediente traigo
listo del todo. Al momento
van á salir á esta sala
Cárlos, su hermano, y don Pedro,
á quienes de mi venida
aviso les da el portero.
Usted, doña Aurora, debe
con su tia luego, luego
venir tambien, y don César...
en mi opinion...

CÉSAR. Que respeto.

DIEGO. Es conveniente que ahora
abandone este aposento
por breves instantes solo,
mientras *notifico*....

CESAR. Entiendo.
¡Aurora!

AURORA. ¡César!

CÉSAR. ¡Aurora, (*A ella.*)
tiene usted fé?

AURORA. Sí la tengo;
porque tambien ha soñado
desde ayer mi pensamiento.

CÉSAR. ¿Y soñó usted?...

AURORA. Que lo amaba
con amor profundo, inmenso. (*Con pasion.*)

CÉSAR. ¡Aurora del alma mia!

AURORA. Fué un sueño... (*Con coqueteria.*)

CÉSAR. ¡Bendito sueño! (*Marcha César por el foro de la derecha. Aurora por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA VII.

DIEGO *solo.*

Con Dios vayan: ¡qué muchachos!
ni oyen, ni ven mas que á ellos.
Por estos lances, de fijo,
se dice que amor es ciego
que, por lo demás, cien ojos
tiene amor y bien abiertos.
Hácia aquí viene don Cárlos
y no tardará don Pedro;
cuando los tres se presenten,
que doña Engracia, de cierto
no se hará esperar gran rato,
les leere el *pedimento*
de doña Aurora, y al punto
declararán, y *laus deo.*

ESCENA VIII.

DIEGO, CARLOS *por el foro de la izquierda.*

CÁRLOS. ¡Señor notario.
DIEGO. ¡Don Cárlos.
CÁRLOS. ¿Usted aquí ? ¿qué hay de nuevo?
DIEGO. Poca cosa, aunque importante.
CÁRLOS. Vamos á ver, ¿y qué es ello?
DIEGO. En cuanto salga su tia
y su padre, lo sabremos.
CÁRLOS. ¿Con que importante?
DIEGO. Seguro.
Vea usted, ya sale el viejo,

ESCENA IX.

Los mismos, DON PEDRO *por la segunda puerta de la izquierda.*

PEDRO. Muy buenos dias, notario.
DIEGO. Que usted los tenga muy buenos.
PEDRO. ¿Hay novedad?
DIEGO. No pequeña.
PEDRO. Esplíquese usted don Diego,
DIEGO. Como don Cárlos la tiene
tenga usted calma don Pedro;
que en cuanto salga su hermana,
que ya se acerca tosiendo,
los tres sabrán en seguída,
de mi visita el objeto.
CARLOS. (Cargándome está el notario
con sus aires de misterio;
Son ya las dos, y al vizconde
hoy mismo visitar quiero,
que ha de entregarme la suma
en que le he vendido el negro.)
PEDRO. (¡Y el marino que no viene!...
pues yo iré á la fonda á verlo
para que alumbre mi mente
con su claro entendimiento,
y pueda llevarse acabo
con su ciencia mi proyecto.)

ESCENA X.

Los mismos, y DOÑA ENGRACIA *por la primera puerta de la izquierda seguida de* AURORA *y* JUANA.

DIEGO. Señora, muy bien llegada.
ENGRACIA. Felices. (¡Cárlos y Pedro!
¿que estarán aquí tratando
este par de majaderos?
Ojalá se marchen pronto
que son las dos por lo menos,
y debe volver Illana
á visitarme.)
DIEGO. Me alegro
de que los tres acudido
hayan á mi cita; tengo
de un mismo asunto que hablarles,
y así, pues, ahorramos tiempo.
ENGRACIA. ¿A los tres?
PEDRO. ¿De qué se trata?
DIEGO. Se trata de un casamiento.
CÁRLOS. ¿De un casamiento?
ENGRACIA. ¿Qué dice?
DIEGO. Sí, de una boda; pues, de eso.
AURORA. (Llegó el instante: temblando
(*Aurora y Juana se van al balcon de la derecha.*)
estoy; al balcon me acerco.)
PEDRO. Espliquese usted si quiere
que se le entienda.
DIEGO. Es mi intento.
Pues señores, á esta casa
no como otras veces vengo
en calidad de un amigo
que cumple con sus afectos;
ni como administrador
de la hacienda, y mucho menos
á título de albacea
testamentario. Cumpliendo
otro destino he llegado:
como notario del reino,
á notificar á ustedes,
á los tres, de un *pedimento*
la *judicial providencia*
que ha recaido en *derecho*.
PEDRO. Veamos.
CÁRLOS. Sí, sí; veamos.
ENGRACIA. Espliquese usted don Diego.
JUANA. ¿No oye usted? (*Desde el balcon.*)

AURORA. (No, que estoy sorda.) (*Id.*)
JUANA. (Pues escuche usted.)
AURORA (Silencio.)
DIEGO. Toda la atencion reclamo.
Aquí el *espediente* tengo
y estractaré de sus hojas
el contenido: comienzo.
Abre el *espediente*, en regla
formado, pues yo lo he hecho,
una *instancia* en que se pide,
presentando *documentos*
al caso, que se *declare*
por el juez, lo está en efecto,
de doña Aurora de Herrera
la mayor edad.
PEDRO. Entiendo,
cumplió ya los veinte y cinco.....
ENGRACIA. Adelante.
DIEGO. El *pedimento*
de que les hablé, en seguida
de estas *diligencias* vemos,
que dice así:—(*Leyendo*)—Doña Aurora
de Herrera, cumplir queriendo
la voluntad del difunto
don Blas, segun testamento
del que presenta una copia
sacada con tal objeto,
á V. S., (al Juez actuario),
le pide, que en el momento
disponga que se le exija
declaracion en secreto,
á su padre, hermano y tia,
acerca del novio electo
por cada cual de los tres,
para hacer su casamiento,
segun lo que se dispone
en los párrafos terceros,
cuarto y quinto del artículo
20, al folio 30 vuelto,
del citado anteriormente
y exhibido testamento.
Es gracia—etcétera, etcétera,
JUANA. (Pero ¿usted oye?)
AURORA. (¡Silencio!)
PEDRO. Y bien?
ENGRACIA. No interrumpas, calla.
CARLOS. Calle usted y habla uno menos.
PEDRO. Callo pues, y vaya al *grano*.
DIEGO. Siempre la *paja* es primero.

ENGRACIA. (Aquí *busilis* se encierra.)
CARLOS. (¿En qué vendrá á parar esto?)
DIEGO. Con qué al grano?
PEDRO. ¡Pues!
DIEGO. Bien: ¡Juana!
JUANA. ¿Qué manda usted?
DIEGO. Un tintero. (*Sale Juana.*)
Hay que estender diligencias
para cumplir lo dispuesto
por el Juez, que dice: «Auto.
Estén ustedes atentos:
(*Leyendo.*)—*Notifíquese en seguida*
a doña Engracia, á don Pedro
y á don Carlos de Herrera,—
pues, á los tres:—*con arreglo*
á lo pedido, y al punto
lo declarado en secreto
testimóniese, y su copia,
legalizada al efecto
de la peticion, entréguese
á doña Aurora.—
JUANA. El tintero.
PEDRO. ¿Con que es decir que se trata
de exigirnos por tal medio,
declaracion del esposo
que para Aurora queremos?
DIEGO. Justamente.
PEDRO. Pues rechazo
ese plan, y á fé de Pedro
en todo lugar y forma
á dar mi voto me niego!
ENGRACIA. ¿Y porque hermano te niegas?
la razon yo no la entiendo.
CARLOS. Porque mi padre se opone
siempre, siempre, á lo que es bueno.
Yo ese plan, por el contrario,
querida tia, lo apruebo;
y en el instante, ahora mismo,
estoy á votar dispuesto.
ENGRACIA. Mas tú, ¿por qué lo rechazas?
PEDRO. Porque rechazarlo quiero:
no tengo que dar á nadie
cuenta de mis pensamientos.
ENGRACIA. Y tú, dí, ¿por qué lo apruebas?
CARLOS. Porque así consignar puedo,
sin temor de compromisos,
el nombre del que prefiero
para esposo de mi hermana,
y cumplo con sus deseos.

PEDRO. Obra Carlos como quieras:
yo una y mil veces protesto.
CARLOS. (¡Pero papá, y al marino (*Aparte á Pedro.*)
ya no lo quiere por yerno!)
PEDRO. (¿Qué dices?)
ENGRACIA. A la de Carlos
señor notario me adhiero:
estoy á votar dispuesta
que juzgo ese plan soberbio.
CARLOS. (A pedir de boca viene
de mi hermana el pedimento.)
ENGRACIA. (Ni yo misma preparara
tan á mi gusto los hechos.)
PEDRO. (Tienes razon, hija mia;
si no hay que ponerle *peros.*) (*A Aurora.*)
¡Rectifico, rectifico!
desde este instante me agrego,
me paso á la mayoría:
apruebo ese plan, lo apruebo!
DIEGO. Estendidas aparecen,
porque quise ganar tiempo,
las tres notificaciones:
falta solo que en secreto
cada cual me diga el nombre
de su candidato.
AURORA. (¡Cielos.! (*En el balcon.*)
vuelve César: que se aguarde
un instante. (*A Juana*).
JUANA. Voy corriendo. (*Marchándose.*)
PEDRO. (Le doy mi voto al marino,
cumplo con él como debo,
y su voluntad me capto
sin que se haga el casamiento
de conformidad, pues nunca
por César votarán estos.)
DIEGO. Cuando usted guste. (*A Pedro.*)
PEDRO. Enseguida. (*Dicta en secreto.*)
DIEGO. ¡Hola, hola! no es mal yerno.
AURORA. (¿Quién habrá dicho?)
DIEGO. Esperanza
que ya ha votado el primero. (*Como si se dirigiese á Aurora*)
AURORA. (Respiro por este.)
ENGRACIA. (El químico
su candidato es de cierto.
Pues yo voto por Illana,
y así me gano su afecto
sin perder, es lo seguro,
á la herencia mis derechos;
que ni Carlos ni su padre

votarán al forastero.)

DIEGO. Muy bien. (*A D. Pedro despues de firmar.*)
Doña Engracia!

ENGRACIA. Al punto.

DIEGO. Cuando guste.

CARLOS. (Por el necio
sobrino del cardenal
votará mi tia; no hay miedo.
Yo doy mi voto al vizconde,
me lo gano, por supuesto;
y aunque la boda se hiciere
yo la herencia no la pierdo.)

DIEGO. Bien, doña Engracia, excelente: (*Despues que firma.*)
será un sobrino completo.

AURORA. (¡Qué zozobra!)

DIEGO (Calma, calma:
que ya dos votos tenemos.) (*Dirigiéndose á Aurora.*)
Don Carlos á usted le toca.

PEDRO. (Ese vota, como verlo,
al baron de *Casa vieja*.)

ENGRACIA. (Por el baroncito apuesto
á que vota.)

CARLOS. ¿Me ha entendido? (*A D. Diego despues de hablarle en secreto.*)

DIEGO. ¡Vaya! la firma.

CARLOS. Al momento.

DIEGO. Está el negocio arreglado.
¡Ah! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

AURORA. Que suba. (*A Juana.*)

JUAN. Vuelo. (*Vase*).

PEDRO. ¿Rie usted?

DIEGO. ¡Ja! ja!

ENGRACIA. ¿Qué pasa?

DIEGO. ¡Ah, ja, ja!

CARLOS. ¿Pero qué es ello?

DIEGO. Casualidad mas chistosa,
y con tan distintos genios;
pues señor, de positivo
que es muy digno este sujeto.
Bien hacia yo en cederle
de administrador el puesto.

PEDRO. ¿Qué dice usted?

ENGRACIA. ¿De quién habla?

CARLOS. ¿A quién alude?

DIEGO. Al electo.
Al candidato de usted,
y al de usted, al de D. Pedro,
al de los tres, que es el mismo,
Don César de Illana.

PEDRO. ¡Cielos!
DIEGO. Vizconde de los Palmáres.
ENGARCIA. ¡No puede ser!
CARLOS. ¡No lo creo!
DIEGO. Aquí las declaraciones
de los tres, fimadas tengo.
PEDRO. ¡Por don César yo he votado!
ENGRACIA. ¡Yo tambien!
CARLOS. ¡Y yo!
DIEGO. Muy cierto.
PEDRO. ¡Pero esto es incomprensible!
ENGRACIA. ¡Pero no puede ser esto!
CARLOS. ¡No puede ser!
PEDRO. ¡Oye Aurora:
¿Qué significa este enredo?
AURORA. Yo no sé, señor.
ENGRAGIA. ¡Sobrina,
esplicame este misterio!
CARLOS. ¡Habla hermana!
AURORA. Mas que á ustedes
me ha estrañado este suceso.
Yo para evitar cuestiones
presenté mi pedimento;
ustedes han declarado,
ustedes sabrán que han hecho.
PEDRO. Yo he votado por Illana,
porque es jóven de talento,
dado á las ciencias, y en todo
muy digno de ser mi yerno.
CARLOS. Usted ofende al Vizconde:
¡Cientifico! ni por pienso;
es un jóven de mi escuela:
le digo á usted que es un trueno;
quiero decir, que es un jóven
muy *come il faut*, de mi genio.
Por eso le dí mi voto:
será un cuñado perfecto.
ENGRACIA. Estás calumniando á Illana,
que es un jóven muy modesto,
muy religioso, y muy digno
de ser mi sobrino. Apuesto
á que de él están hablando
ustedes, sin conocerlo.
PEDRO. Ayer conmigo, dos horas
discutió en este aposento
sobre el poder de las ciencias,
y tratamos de un proyecto
de navegacion.
CARLOS. Conmigo

pasó la noche bebiendo,
despues de montar el potro
andaluz.

PEDRO. ¡Falso!

ENGRACIA. ¡Embustero!

PEDRO. ¡Ir un marino á caballo! (*Con mucha admiracion.*)

ENGRACIA. ¡Beber un jóven tan bueno! (*Id.*)

PEDRO. ¿Pero qué dices tú, Aurora?

AURORA. ¿Qué es lo que tú dices de esto?

ENGRACIA. ¿Yo? que bendigo el instante
en que tracé el pedimento,
que acortando disensiones
por diferencias de genios
muy difícil de avenirlos
en amigable concepto,
me proporciona la dicha
de formar un casamiento
con un esposo, al agrado
de la familia.

PEDRO ¡Ya!

ENGRACIA. ¡Entiendo!

CARLOS. Te casas, y tu marido...

DIEGO. Se hace de los bienes dueño.

AURÓRA. En siéndolo de mi mano.

DIEGO. Que lo será.....

AURORA. Ya veremos.

PEDRO. ¡Pues yo rechazo esa boda! (*Con indignacion.*)

ENGRACIA. ¡Yo en el instante protesto! (*Id.*)

CARLOS. Mi voto retiro al punto. (*Id.*)

DIEGO. ¡No puede ser! (*Id.*)

CARLOS. ¡Habrá pleito! (*Id.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Los mismos, JUAN *y despues* CESAR *en trage de teniente de navío.*

JUAN. El teniente de navío
de las escuadras del reino,
vizconde de los Palmares
D. César de Illana. (*Anunciando.*)

DIEGO. Adentro.

CESAR. Saludo á ustedes señores

PEDRO. Adelante.

ENGRACIA. Bien venido.

CARLOS. Bien llegado.

DIEGO. (Se ha vencido.) (*Aparte a César.*)

CESAR. (*A D. Diego.*) Me alegro. Tantos favores...
(*Bajando.*)

AURORA. (No cabe en sí de alegría.)
CESAR. D. Pedro.--Gracias señora. (*Saludando.*)
D. Cárlos: y usted Aurora,
¿quiere ser la esposa mia?
PEDRO. Un instante caballero...
CARLOS. Diga usted señor vizconde...
ENGRACIA. Illana...
CESAR. Yo no sé adonde
ni á cual acuda primero.
DIEGO. Hablaré yo por los tres.
CESAR. Perdóneme usted notario,
pero ya no es necesario
su concurso.
DIEGO. Hable usted pues.
CESAR. Nacido en la culta Habana
de españa flor tropical,
que en su seno virginal
conserva la fé cristiana
en el piadoso calor
de los nobles pobladores,
que fueron conquistadores
con la cruz del Salvador;
los ojos al ver la luz
tras la niebla de su llanto,
fijé con respeto santo
del Salvador en la cruz.
De mi razon la ansiedad
mi madre observaba atenta:
—ese leño representa
amor á la humanidad—
dándome un beso, me dijo:
—esa sangre, no te asombre,
esa sangre fué de un hombre
que á su verdugo bendijo.—
El niño no comprendió
lo que su madre decia,
mas grabado aquí se habia,
y el hombre aqui lo sintió. (*Señala al pecho*)
Ayer pues, no le mentí, (*A Engracia.*)
y por tanto doña Engracia,
no me niegue usted la gracia
que entonces la merecí.
ENGRACIA. Si me habla usted con verdad
mi confianza es sincera. (*A Cesar.*)
CESAR. Gastará usted cuanto quiera
en obras de caridad.
CARLOS. ¿Que es esto Juan? yo no atino...
Y el calavera vizconde? (*Al criado.*)
PEDRO. ¿Pero dime, Aurora, en donde

se oculta el sabio marino? (*A su hija.*)

CESAR. Voy, señores, á seguir
el discurso interrumpido:
el paréntesis ha sido
indispensable. Sentir
amor á la humanidad,
fué lo mismo que querer
trabajar, para no ser
carga de la sociedad.
Lleno entonces de la fé
que me daba esta conciencia,
un año y otro la ciencia
de navegar estudié.
Y niño dejé la tierra
y altivo crucé la mar:
sentí las ondas bramar
y ví los vientos en guerra.
Y estudiando las estrellas
que pueblan el firmamento,
y cruzando el elemento
despues de trazar mis huellas;
la existencia comprendí
de la gran naturaleza,
y por su misma grandeza
al Hacedor conocí.
Me anima pues la esperanza, (*á Pedro.*)
don Pedro, de mantener
las que lograr pude ayer
amistad y confianza.

PEDRO. En ellas se sostendrá
si me habla usted en conciencia. (*A César.*)

CÉSAR. Sí, para bien de la ciencia
cuanto usted pida tendrá.

CÁRLOS. Pero, vizconde...

CESAR. Perdon
si otra vez he interrumpido
mi discurso; mas ha sido
precisa la interrupcion.
Don Cárlos: ¿quien cuenta escasa
la misma edad que usted cuenta,
y en su casa se presenta
como dueño de su casa;
y le ofrece á usted la mano,
y monta en su compañia,
y á beber le desafía,
y le llama á usted su hermano;
este hombre puede ser,
contra la esperiencia humana,
por ventura esta mañana

otro hombre que el de ayer?

CÁRLOS. Vizconde, cuente usted hoy
como ayer contó conmigo.

CÉSAR. Pues, don Cárlos, siempre amigo
el que fuí para usted soy.
Que vencer he conseguido (*á Aurora.*)
ya no cabe duda Aurora.
Respóndame usted, señora:
¿me acepta usted por marido?

AURORA. Desde que lo ví, de cierto
solo amor mi pecho encierra;
pero es un jardin la tierra
y la mar es un desierto.
Ya vé que no soy lucero
ni luce en el mar mi amor:
en tierra seré su flor,
séa usted de ella jardinero.

CÉSAR. Lo que usted quiera seré,
que ser suyo es mi destino;
este traje de marino
nunca mas lo vestiré.

AURORA. ¡Al fin, Dios mio, respiro!

DIEGO. ¡Haya paz en esta casa!

PEDRO. ¡Si no creo lo que pasa!

ENGRACIA. ¡Estoy soñando!

CÁRLOS. ¡Deliro!

CÉSAR. Mi boda el genio del mal
ahuyente: no mas disgusto:
cada cual viva á su gusto,
como quiera cada cual.
Para todos es la herencia:
con ella el lujo le sobre: (*á Cárlos.*)
gástela usted con el pobre: (*á Engracia.*)
usted en bien de la ciencia. (*á Pedro.*)

PEDRO. ¿Con que es decir que en la trama
estaban los dos?

DIEGO. Los tres!

JUANA. Los cuatro!

JUAN. Los cinco!

CÉSAR. Pues,
lo que coalicion se llama.
Pero yo la dirigí,
y pues triunfar he logrado,
á César he parodiado:
porque LLEGUÉ, VÍ Y VENCÍ.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. 19 de Marzo de 1863.

EL CENSOR DE TEATROS.

Antonio Ferrer del Rio.

Los corresponsales de DON FRANCISCO RUBIO, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados esclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

ERRATA IMPORTANTE.

Sobra el verso sexto de la página 62.

EN DOS ACTOS.

Bruschino, L.
De incógnito, L. y M.
El postillon de la Rioja, L.
El resucitado, L. y M.
Entre mi mujer y el negro, L.
La cola del diablo, L.
La muerta en el bosque, L. y M.
Llamada y tropa, M.
Marina, M.
¡Quien manda, manda! M.

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Amor y misterio, L.
Amor y arte, L. y M.
Amar sin conocer, L.
Azon Vizconti, M.
Cadenas de oro, M.
Catalina, L.
Campanone, L. y M.
Dos coronas, M.
El arca de Noé, M.
El valle de Andorra, L.
El hijo de familia ó el lancero voluntario, L. y M.
El sargento Federico, L.
El juramento, L.
El paraiso en Madrid, L.
El secreto de una dama, L.
El agente de matrimonios, M.
El caudillo de Baza, L. y M.
El dominó azul, M.
El planeta Vénus, M.
Galanteos en Venecia, L.
Giralda ó el marido misterioso, L. y M.
La embajadora, L. y M.
La cacería real, M.
La Estrella de Madrid, M.
La tabernera de Lóndres, M.
Los filibusteros, L.
Los piratas, L.
Los Madgyares, L.
Los circasianos, L. y M.
Margarita, L.
Mis dos mujeres, L.
Rival y duende, L. y M.
Un dia de reinado (mitad), L.
Un estudiante de Salamanca, L. y M.
Un viaje al rededor de mi suegro, L.
Un trono y un desengaño (3.ª parte), M.

OBRAS.

Comentarios del emperador Cárlos V. Rvn. 16.
Historia de la música española. 4 tomos, 100.
Ecos nacionales (poesías), 12.
Ecos del alma (id.), 8.
Veladas poéticas (id.), 6.
El beso del Júdas (novela), 6.
La niña expósita (id.), 8.
Historia de una venganza (id.), 8.
Una vír. y un deme. (id.), 8.
Los Maldonados (id.), 8.
Catecismo de la Doctrina cristiana y Compendio de la Historia Sagrada, 4
Etica elemental, 12.
Reló aritmético, 10.

Cuando se ejecute alguna obra cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.

Se vende á **8 rs.** el ejemplar en la imprenta y librería de E. Puig, Plaza Nueva.